

*La
tercera
juventud*

DE

José Teller Moreno

COLECCION TEATRO N.º 107

1966
66

LA TERCERA JUVENTUD

COLECCION TEATRO

DIRECTOR

MANUEL BENITEZ SANCHEZ-CORTES

107

COPYRIGHT, 1954, by OSE TELLEZ MORENO.—Reservados todos los derechos.—*Droits de representation, traduction et reproduction réservés.*—Por lo que se refiere a esta edición, es propiedad de EDICIONES ALFIL.—Los representantes de la Sociedad General de Autores de España son los únicos encargados de autorizar la representación o adaptación de esta obra.

TALLERES GRÁFICOS ESCELICER, S. L.—CANARIAS, 38.—MADRID

LA TERCERA JUVENTUD

COMEDIA EN TRES ACTOS, EL SEGUNDO
DIVIDIDO EN DOS CUADROS

ORIGINAL DE

JOSE TELLEZ MORENO

R-9973:A



EDICIONES

ALFIL

PREMIO NACIONAL DE TEATRO, 1958

Esta obra se estrenó en Madrid, en el teatro Lara, el día 17 de
abril de 1954, con el siguiente

REPARTO

(Por orden de aparición.)

LOLI	Pastora Peña.
BIBIANA	María A. Piedra.
MONCHO	Félix Navarro.
MADRE ANA	Amparo Martí.
DON ABILIO	Mariano Azaña.
LEONOR	Luisa Rodrigo.
ANTONIO	Paco Pierrá.
EL AGENTE	Joaquín Escola.
ALFREDO	Angel Terrón.
MARISA	Julia Castellano.

Derecha e izquierda las del actor.

Decorados: Redondela.

ACTO PRIMERO

Recibimiento moderno, de cine, en un hotelito de la periferia de Madrid. Cristalera corrida al foro, que da a un jardín, con puerta o paso al centro. Dos puertas, una de las cuales conduce al exterior, en lateral derecha, y dos más en lateral izquierda, con acceso a interiores. Velas o persianas en la cristalera, que estarán echadas, o casi echadas en este acto, que se desarrolla al mediodía de un mes de junio. La acción en Madrid. Epoca presente.

(En escena LOLI, distinguida señorita del día, pero enamorada y comprensiva. En ropa de casa, fuma y lee regalonamente. Cruza BIBIANA, joven doméstica, también del día, pero apaletada. Es detenida.)

LOLI.—Oye, Bibiana...

BIBIANA.—Bibi, señorita Loli, Bibi; lo de Bibiana me recuerda el pueblo y me da de patás. Yo soy tan de Madrid como la señorita. ¿Hay mal en ello?

LOLI.—Ninguno, Bibi. Conque lo de patás lo vayas cepillando...

BIBIANA.—Nadie se hace medico en cuatro días.

LOLI.—Eso sí. ¿Volvió de misa mi abuelita?

BIBIANA.—En el jardín la tiene usted, creo que contando flor por flor con el colgajo de don Abilio. ¡Andaluza más en su punto!

LOLI.—¡Cuidado, Bibi!

BIBIANA.—Una tié su criterio.

LOLI.—Bien, bien, pues vete y limpia, que es lo adecuado.

BIBIANA.—¡Por Dios! La señorita empieza a antiguarse.

(Mutis primera izquierda, casi al par que llega, izquierda primer término, el señorito MONCHO, fruto del día, a simple vista averiado, encarado y estúpido. Es hermano de LOLI, con dos añitos más, o sea, con veinticuatro. Viste de calle.)

LOLI.—¿Te vas, hermanito?

MONCHO.—Antes de tropezarme con doña momia. Me roen las tripas los sermones.

LOLI.—¡Pobre madre Ana! ¡Ningún sermón ha echado todavía!

MONCHO.—¡Todavía, Loli! Tú misma los esperas.

LOLI.—¿Por qué?

MONCHO.—¡Ah! Ya inventará el motivo. Los vejestorios son así de impertinentes. ¡Buenos están los otros, los de casa, con tu ocurrencia de invitarla al cumpleaños!

LOLI.—Oye, oye, Moncho; ¿pero también son vejestorios nuestros padres?

MONCHO.—¡Natural! De los cuarenta para arriba, reuma a tutiplén, o dentadura de quita y pon.

LOLI.—¡Ja, ja, ja! ¡Eres de un bárbaro imponente!

MONCHO.—¡Y tú, según voy viendo!... ¡Bah! ¡Allá tú con tus huesos, que hoy cumples ya veintidós años!

LOLI.—Me llevas dos.

MONCHO.—De vida y de pupila. Hasta luego, si es que vengo a comer.

LOLI.—¿A misa?

MONCHO.—Hay que guardar las formas. Es domingo.

LOLI.—¿Y luego a tus... negocios?

MONCHO.—Sin recámara, tú; luego y siempre a mi lucha, sin reparar en medios, con gallardía, no como hacía la juventud inútil de otros tiempos, que se sentía feliz con unas pesetillas semanales, y esto porque los padres *aflojaban*. Hoy mandamos nosotros, gracias a Dios.

LOLI.—Pero que no se entere Dios.

MONCHO.—Oye, hermanita, tú eres también del día.

LOLI.—Y lo soy. Cada generación tiene su cara, lo reconozco. Pero, a pesar de mis ideas modernas, no me propaso mucho, ni creo saberlo todo, como tú, que ardes por negociar y hacer dinero como sea, para que al fin papá, tachado por ti de... viejo a los cincuenta, tenga que hipotecar y ahogarse y liquidar las multas que te imponen.

MONCHO.—¡Es bestial! ¿Tú hablando así?

LOLI.—Sin que la abuela me haya dicho palabra.

MONCHO.—¡Ya! Pero te dice el cursi de tu novio. ¡La has hecho buena enamorándote!

LOLI.—¿También es cosa vieja?

MONCHO.—El último graznido de los bobos. ¡Adiós, querida fósil!

LOLI.—Cuidado con la cárcel. Es decir...

MONCHO.—¿Qué?

LOLI.—Nada, nada; que ese lugar no es para pillos.

MONCHO.—¡Natural!

(Mutis. LOLI queda pensativa. Ligera pausa, tras de la cual llegan del jardín MADRE ANA y DON ABILIO, éste a alguna distancia. Ambos han contado los setenta; no obstante, ella se conserva luminosa y fuerte. Es andaluza y correcta en todo, pero normalmente zumbona. DON ABILIO, viejo empleado de la familia, lleva peor los años, pero discurre con lucidez. Es bondadosamente respetuoso. No reparan en LOLI hasta que se indique, y LOLI, en cambio, los ve llegar y los observa y oye con agrado.)

ANA.—Abundancia de lilas. No parece sino que se han multiplicado en el jardín mis propios hijos. ¡Abilio! ¡Abilio!

ABILIO. (*Acercándosele apresuradamente.*)—Señora...

ANA.—No te me alejes tanto, porque me obligas a gritar para llamarte. Así, hombre, a mi lado, aunque murmuren los criados, que a nuestros años la calumnia haría el ridículo. ¡Ah! Y en este caso más, porque el varón, que lo eres tú, no apaga ya un candil ni abriendo una ventana.

ABILIO.—¡Ja, ja, ja! Genio y figura...

ANA.—Déjate de refranes, que te oye un jovencito y se te ríe. Y a sentarse y a hablar, sobre todo a sentarse antes de que te enrosque la flojera. ¡Uf! ¡Tú, mi Romeo!

(LOLI rompe a reír y se levanta.)

ABILIO.—Loli, ¡por Dios!, que madre Ana es malagueña. Oyela sin oírla.

ANA.—¡Muy bonito, fantoche!

ABILIO.—Ella me entiende.

ANA.—Lolita, hija, ¿estamos solos?

LOLI.—Solos. El resto de la familia cumple con los deberes dominicales.

ANA.—¿Crees tú?

LOLI.—A eso salieron.

ANA.—Ya. ¿Y mi nieta?

LOLI.—Yo espero a Alfredo, que me acompaña siempre a San José.

ANA.—A ti te creo. Tú tienes algo de tu abuela.

LOLI.—Algo es muy poco.

ANA.—¿Quieres también tener mis años?

ABILIO. (*Riendo, como LOLI.*)—Pequeña, ves por otra.

ANA.—Calla tú, cigarrón. Y no sigas de pie por imitarme, que yo no tengo fuelles en las piernas como tú. Siéntate, siéntate, que te llevo tres quintas y pareces mi coronel.

ABILIO.—Pero...

ANA.—¡Ea! No exageres el respeto, que ése ha sido siempre tu enemigo. ¡Siéntate!

ABILIO. (*Obedeciendo.*)—Todo sea por Dios.

LOLI. (*Ayudándole.*)—Y tú también, abuelita.

ANA.—Gracias, hija. Ya que ése no ha sabido decir: "usted antes".

ABILIO. (*Con ademán de levantarse.*)—Doña Ana...

ANA.—¡Quieto! ¡A buena hora, mangas verdes! Y, óyeme nena, ¿entra tu novio aquí?

LOLI.—Sí, aunque a disgusto de mi familia, principalmente de mamá.

ANA.—Ya me gusta el chiquillo. Tienes que presentármelo.

LOLI.—Apenas llegue.

ABILIO.—¡Es ingeniero agrónomo!

ANA.—Contigo no habla nadie. Y a propósito, Loli, ¿por qué prescindes tu papá de don Abilio?

ABILIO.—Señora...

ANA.—Punto en boca o te vas. No replicaste nunca; todo lo diste siempre por excelente, si venía de tus jefes; pero es que lo de ahora es increíble. Tiene que haber pasado algo muy gordo. Don Abilio, nenita, no es un extraño en casa, de la que vive y por la que vive desde que tu abuelito, que en gloria esté, se estableció en Madrid, recién casado. Vió nacer a tu padre, mi único hijo; habéis nacido ustedes, tu hermano y tú, con él al frente del negocio, como encargado y hombre de confianza, y todo, de repente, se derrumba cuando el viejete no se vale. ¿Verdad que es increíble? Porque sabrás, hijita, que al retirarme yo a la finca de Marbella, muerto tu abuelo, cedí el negocio en absoluto, a condición, no tuve otra exigencia, de que don Posma continuase como hasta entonces: vigilándolo todo, orientándolo todo, puesto que tu papá no quiso nunca molestarse y entenderlo, y, sobre todo, también a condición de que siguiese en casa como siempre: con su gabinetito, con su plato a la mesa..., ¡ea!, como uno más de la familia, que es lo que había llegado a ser de tus abuelos. Tampoco, por su parte, quiso otra. Mírale, mírale; tan carcamal como le tienes, aun puede hacerte a ti la rosca como soltero. Y ya que estamos solos voy a decirlo, para que el tonto vea, cuando se cae de viejo y no hay peligro, que yo no he sido ciega, sino mujer decente y agradecida; no se buscó nunca una novia porque quería en silencio a doña Ana.

ABILIO. (*Más muerto que vivo.*)—Se... señora.

ANA. (*Riendo, como LOLI.*)—Mírale, mírale.

LOLI.—¡Es bárbaro!

ANA.—Está para un ataque.

ABILIO.—¡Para rabiar y moderme yo!

LOLI.—Pero es bonito, abuela.

ABILIO.—Esta broma, señora...

ANA.—¡Ea! ¡Ea!, no he dicho nada, que se nos muere de vergüenza el sinapismo. Vamos, vamos a lo esencial, que vine anoche, que pienso estar con mi mocita un par de días, y a Marbella de nuevo, que allí también tengo lo mío. Anda la cosa mal. Dime tú, hijita, ¿qué ha sucedido con don Abilio? ¿Se ha enamorado también de ti?

ABILIO.—Y del gato, que no le hay.

LOLI. (*Riendo.*)—¡Quizá, quizá! Es decir, nos quiere a todos.

ANA.—¿Y vosotros a él?

LOLI.—Unos sí, y otros no.

ABILIO.—No seas niña, Lolita; nadie me enoja en casa.

ANA.—Como intervengas más te doy ahora mismo calabazas.

ABILIO.—¡Zumba más fina!...

ANA.—¡Sí! ¡Sí! ¡Yo que me caigo de una higuera! Habla tú, Loli. ¿Quienes no quieren a mi romántico?

LOLI.—De verdad, de verdad, Moncho y mamá. Papá se deja conducir, como hace en todo, y yo ni entro ni salgo. Yo le quiero por bueno y nada más. Pero mamá y mi hermano no le tragan, porque se va a Marbella de cuando en cuando a instancia tuya, y creen que allí se pone de tu parte, para contarte nuestras cosas; que si esto va o deja de ir; que si el negocio no carbura; que si todo camina de cabeza es porque rige y lo dispone mi mamá, quizá la menos preparada...

ABILIO.—Pero con humos de extravío para tapar el sol.

ANA.—Ya.

LOLI.—Sin embargo, abuelita, no es esa enemistad la que ha

destituído a don Abilio. Pese al disgusto de mamá, él ha seguido aquí como ordenaste; es decir, sin hacérsele caso, pero atendido siempre. Y ahora, además, al despedirle, si es lo que veo, no se ha hecho locamente, sin miramiento, sino diciéndole por todos que su misión de viejecito está más a tu lado que en la tienda. Marbella, y en Marbella tu finca, es un retiro delicioso. No hay más que verte a ti.

ANA.—Sí, sí, ¿pero por qué se le despide?

ABILIO.—Se ve que valgo para un empeño.

LOLI.—La verdad, madre Ana, porque papá, en contra de mamá por una vez, ha dicho que hay que hacer economías.

ANA.—¡Jesús nos valga! ¿Y empiezan por el canario?

ABILIO.—Por el ratón de la carbonera.

LOLI.—No, no; por don Abilio; por el coche pequeño, que era el mío; por la doncella de mamá, qué me ha quitado a mí la mia; por...

ANA.—Etcétera, preciosa. ¿Y cuánto os costará la fiesta preparada para esta noche?

LOLI.—Vete a saber. Es cosa de mamá.

ANA.—Seguro. ¿Y tu mamá está al tanto de lo que ocurre?

LOLI.—No creo que ignore nada. Ya la conoces: es de las que se ríen de los apuros. Cuenta con Moncho para todo.

ABILIO.—¡Menuda salvavida para ahogarse!

ANA.—¿Y tú?

LOLI.—Yo tengo miedo, abuela.

ANA.—Sé fuerte, nena.

LOLI.—Siempre lo fui. He sido libre y optimista. Gracias a mi albedrío, hablo con el muchacho que he elegido.

ANA.—Porque mamá querría un marqués, aunque fuese un inútil.

LOLI.—Me ha dado igual. No se aprende a ser libre para dejarse dominar por una fuerza superior equivocada.

ANA.—No es chica la ventaja.

LOLI.—¡ Viva mi abuela por comprensiva! Y ahora verás; yo tengo novio a gusto mío; pero mi novio, precisamente, con la verdad, es quien me está haciendo pensar y variar respecto a muchas cosas.

ANA.—De rechupete, vida. Os queréis, os queréis. ¡Ay!, pero dejemos este tema y bailemos, porque don Birria se nos duerme.

ABILIO. (*Con un respingo.*)—¡ No! No, no.

(*Rie LOLI.*)

ANA.—¡ Sí! ¡ Sí! El mes de junio pesa.

ABILIO.—Quizá.

ANA.—Te han despedido con razón.

ABILIO. (*Acongojado.*)—Doña Ana...

ANA.—Sin pucheritos, ¿eh?, que no es la hora de la papilla.
¡ Hala! y sigue soñando. Otra cosa, nenita.

LOLI.—Te escucho.

ANA.—Es decir, ¿ no tienes que vestirte por si viene el chiquillo?

LOLI.—Eso lo hago en un tris.

ANA.—Entonces dime: ¿ me has invitado espontáneamente a tu cumpleaños?

LOLI.—¡ Desde luego!

ANA.—Basta. No vengo mucho, ni vais vosotros por Marbella, pero me quiere mi nietecita.

LOLI. (*Besándola.*)—¡Más que a mis ojos, como dirías tú!

ANA.—Tesoro mío.

ABILIO. (*Despertando y confuso.*)—¿Es a mí?... ..

ANA.—¿Eh?

ABILIO.—¡Dichoso calor!

ANA.—El que te voy a arrear con un tacón por presumido.

¡Habrás podenco!

LOLI.—Eres graciosa, madre Ana.

ANA.—Porque estoy a mis anchas viéndote a ti.

LOLI. (*Cariñosa.*)—¡Ay, mi abuelita!

BIBIANA. (*Cruzando de izquierda a derecha, y por la actitud amorosa de abuela y nieta.*)—¡Uf! ¡Sensibleridas!

ANA.—¿Quién?

LOLI.—Nadie. Es la paisana de mamá.

ANA.—Ya. Va a abrirle a alguien, por lo que veo. ¿Será tu novio?

LOLI.—Aun no. Ni creo que sea nadie de aquí. ¡Pronto deja mamá su aperitivo!

ABILIO.—Y el faroleo.

LOLI. (*A BIBIANA, que vuelve para cruzar de nuevo.*)
¿Quién?

BIBIANA.—Todos.

LOLI.—¿Cómo?

BIBIANA.—He dicho *todos*, señorita, como lo hubiera dicho don Cervantes.

(*Mutis.*)

ANA. (*Riendo como LOLI.*)—¡Jesús!

ABILIO. (*Como antes.*)—¿Se rien de mí?

ANA.—De los botones de tu...

ABILIO (*Encogiéndose, por lo que redoblarán la risa*).—¿Eh?
ANA.—...de tu chaleco.

(Cesa la risa en seco, porque se presentan, lentos y visiblemente disgustados por el orden que se citan, MONCHO, LEONOR y ANTONIO, padres estos últimos de LOLI y MONCHO. LEONOR, inflada si las hay, responde a las censuras que se le han hecho, y ANTONIO, su marido, si intenta tener carácter, lo olvida ante su esposa. DON ABILIO, al verlos, se apresura a levantarse, colocándose a un lado. Los que llegan, como si no quisieran hablarse, se reparten. Ligera pausa.)

LOLI.—¿Qué sucede, mamá?

ANA.—No te preocupes, nena, que los tres llegan vivos. Oye, Monchín, ¿me viste anoche cuando llegué?

MONCHO. (*Acercándose de mala gana*).—Te veo ahora y es igual.

ANA.—Espera... Guárdate el cumplimiento para un ratón, que a mí de mala gana no me besan ni en retrato.

MONCHO. (*Apartándose, desdeñoso*).—¡Bueno!

ABILIO. (*Queriéndose reprimir*).—¡Magnífica disculpa!

MONCHO. (*A DON ABILIO*).—¿Qué haces tú aquí?

ANA.—Lo que le da la gana, mozalbeta. Le necesito yo.

LEONOR.—Pero mi hijo es el señorito.

ANA.—No en mi presencia.

ABILIO.—Ni en la de nadie, por supuesto.

LEONOR.—¡Que tenga una que oír!

MONCHO.—¡Da igual! Papá, a ver si te explicas tú. No creo que me hayas hecho volver a casa, ni que os hayáis privado del paseo para decirnos cuentos con los dedos.

LEONOR.—Le ha dado hoy la ventolera por ahí; por imponer su autoridad.

ANTONIO.—Leonor, se lo he rogado. No impongo nunca nada.

LEONOR.—¡Estaría bueno!

ANTONIO.—Pero el asunto, por Moncho mismo, conviene ventilarlo, y no en la calle.

LEONOR.—Ni en la calle ni aquí.

MONCHO.—Pero ¿queréis decirme de una vez...?

ANA.—¿Qué temerá el pimpollo?

MONCHO.—¡No temo nada! Tengo que hacer, que no es lo mismo, y me molesta esta injerencia de papá. ¡El que sabe de nada!

LOLI.—Estalló el genio.

LEONOR.—Tú, punto en boca, ¿eh? Tu hermano tiene razón. Ahora, por ejemplo, se le trae a la fuerza para una tontería.

ANTONIO.—Dios quiera que lo sea.

LEONOR.—¡Lo es, Antonio, lo es, que no parece sino que tú no has sido joven en tu vida!

MONCHO.—Pero, ¿queréis decir resueltamente de qué se trata? ¿Qué mentira os han dicho? ¡Yo sé dónde me meto y en qué tráfico! Y si algo sale mal...

ANA.—¡Y no teme el muchacho!

MONCHO.—¡No creo que a usted le importe si fuera así!

ANTONIO.—Moncho, es tu abuela.

MONCHO.—Tu madre, que no es lo mismo. Tenéis de todo ideas absurdas.

LOLI.—Y tú...

LEONOR.—¡Tu hermano sabe lo que dice!

LOLI. (*Yéndose izquierda*).—¡Esto es de locos!

ANA. (*Riendo*).—Una que no se ríe con las capeas.

ABILIO.—Ni con la gracia del hermanito.

MONCHO.—¿Voy a servir de chufla?

LEONOR.—No, hijo, no. Puedes y debes irte a tus quehaceres. No te lo he dicho al encontrarte por no armar el bochinche con papá. Y aquí no importa.

ANTONIO.—Pero, Leonor...

LEONOR.—Las cosas claras. Toda la desazón que trae tu padre es porque el padre de Marisa, la cajera, lo ha detenido para decirle...

MONCHO.—¡Acabáramos! ¿Para eso me molestáis?

ANTONIO.—Es grave, Moncho.

LEONOR.—¡Pues sí!

ANTONIO.—Marisa es una señorita, hija de un excelente amigo; es buena, está educada; todos la quieren en la tienda; no se la tacha de un desliz, y tú, por si te escucha o no cuando bromeas, andas diciendo lo peor, puesto que no parece que sea verdad: que la muchacha ha sido tuya.

MONCHO.—¡Bah!

LEONOR.—¡Qué delito, señor!

ANA. (*Levantándose*).—Mentira o no, la canallada es de recibo.

MONCHO.—¿Y quién me ha oído hablar así?

ABILIO.—Entre otros, yo mismo.

MONCHO.—¡Ya saltó el chivo!

ABILIO.—¡El hombre, hijo, el hombre!

MONCHO.—¡El hombre tú! ¿Ya no te basta con soplarle a la viejales?

ABILIO.—¡Eh! ¡No tienes pizca de vergüenza!

MONCHO. (*Agresivo*).—¡Eso!...

ANA (*Interponiéndose.*)—¿Eso qué?

MONCHO.—¿Vas a pegarme tú?

ANA.—Me falta tanto así.

LEONOR. (*Avanzando.*)—¡No!

ANA.—¡Y a ti te arañó si te acercas!

ANTONIO. (*Miedoso.*)—¡Mamá, por Dios!

ANA.—¡Calla tú, desdichado!

LEONOR.—(*A MONCHO, que inicia un mutis por la calle.*)
¡Hijo!...

MONCHO.—¡Es mejor irse!

(*Vase.*)

ANA.—¡Adiós, maleta!

LEONOR.—Encima...

ANA.—Encima un desahoguillo, para volver a mi natural.

LEONOR. (*A ANTONIO.*) ¡Mira lo que sucede por tu culpa!

ANA.—Eso es cierto, querida nuera. Pero calmaos y sentarse, que os traigo yo la tila. Hemos de hablar.

LEONOR.—¿También conmigo?

ANA.—Te conviene.

LEONOR.—¿Va usted a darme consejos?

ANA.—No pierdo el tiempo tan bobamente.

LEONOR.—A usted lo que la pasa es que cree a don Abilio más que a sus hijos.

ABILIO.—Doña Leonor...

ANA.—Tú a callar. Leonor, todo es posible. Nuestro viejo encargado, sin traicionar ni dañar a nadie, por carta o de palabra, me ha puesto siempre al tanto de vuestra vida. Tenía y tengo un derecho.

LEONOR.—¡ Eso !...

ANA.—Tenía y tengo un derecho, como te voy a probar. Yo no he venido ahora a Madrid sólo por complacer a mi nietecita, sino... por atún y a ver al duque; mejor dicho, a alegrar y alegrarme con vuestra Loli, y de camino a reclamaros una deuda.

LEONOR.—¿ Usted una deuda?

ABILIO.—No está enterada doña Leonor.

ANA.—¿ Eh? Antonio, ¿ esto es posible?

ANTONIO.—Sí.

LEONOR.—Pero...

ANA.—No te pongas heroica, que el enemigo está asustado. Con soplarle se rinde. Pero, además, la cosa no es de bulto; os pido poco; son cuatrocientas mil pesetas nada más.

LEONOR.—Y a usted...

ANA.—¡ Bah! Hoy no es dinero ese piquillo.

LEONOR.—Antonio, ¿ esto qué es?

ANTONIO.—Parte, sólo una parte regular de... nuestras alegrías. Más de una vez quise decirte...

LEONOR.—¿ Vas a culparme a mí?

ANTONIO.—No, mujer... Nadie ha disfrutado como yo con los derroches de mi casa; viéndote a ti en tu ambiente de opulencia, y en el suyo a mis hijos. Me parecía segura y fácil esa vida. Un mostrador en nuestros días es una mina, o lo creemos, hasta llegar a deslumbrarnos, y me dejé llevar por la corriente. "¡ Cuidado, Antonio!", me advertía don Abilio, y le mandaba a freír espárragos. El margen de ganancia era excesivo, incluso el lícito. Y sin sumar me confié. Hice malas jugadas, esto es lo cierto. El torbellino y la avaricia me cegaron. Y luego Moncho...

LEONOR.—Tú hijo, ¿qué?...

ANTONIO.—Sí, mujer. Con razón seguramente. Moncho me arrinconó hace tiempo. El ve el momento con amplitud de ideas. Es audaz. Está metido de hoz y coz en la Babel de hoy. Vale, sin duda, más que su padre, y ha traído a casa algún negocio, como el magnífico de los clavos, cuya ganancia extra no hemos visto.

LEONOR.—Su vida de relación le exige mucho.

ANTONIO.—No te lo niego, ni me parece mal. Es punto fuerte en muchos sitios de recreo, y esto nos gusta a ti y a mí. Pero, volviendo a su actividad, de la que hoy está pendiente nuestra ferretería, he de reconocer que ha tropezado varias veces—cosa también normal—, y que para librarle de las sanciones correspondientes, todas de miles de pesetas para arriba, hubo que recurrir forzosamente al crédito.

LEONOR.—¿Y el Banco era tu madre?

ANTONIO.—No. Primero fueron los Bancos.

ABILIO.—Y después ella.

LEONOR.—¡Antonio!

ANTONIO.—La verdad como es. A poco que los Bancos se apresuren, y no creo que se duerman, hoy no tenemos nada. Se llevará la trampa cuanto hay. Es decir, a no ser que tu hijo, que hoy, según él, lleva entre manos un gran negocio, pueda acertar y liberarnos. Conque, mamá..., ya estás al tanto de mi respuesta. No puedo darte un céntimo. Te pedí ese dinero que me reclamas para que Moncho se librase de... un disgusto, y aún no he podido resarcirte.

LEONOR.—¡Qué horror, qué vergüenza, Dios mío!

ANA.—Y todo abocaditos, como estamos, a una fiesta de príncipes.

LEONOR.—¡Que se dará, señora! ¡Honro a mi hija!

ANA.—Haces bien. No seré yo quien menos se divierta. Ni don Abilio.

ABILIO.—Pienso bailar por todos.

LEONOR.—¡Tómelo como guste!

ANA.—Con lo que deis, que será exquisito. Sirve la cena el mejor hotel. Pero sigamos enterándonos de todo.

ANTONIO.—¿De qué otra cosa, Abilio? ¿Qué le has dicho a mi madre?

LEONOR.—¡Vete a saber qué ha levantado!

ABILIO.—Doña Leonor...

ANA.—A callar. El primer sorprendido va a ser Abilio, hijo mío. Conoce vuestras cosas, es verdad; pero ignora las mías, y yo también, atolondrada con la moda, le abrí los brazos a la codicia y a los negocios fabulosos...

ANTONIO.—¡Madre!

ANA.—¡Hola! ¿Vas a sentirte enérgico conmigo?

ANTONIO.—¡Es que una tontería a tus años!

ANA.—Así hablaría tu Moncho.

LEONOR.—¡Y yo, y cualquiera!

ANA.—Y tú, y tú; cualquiera no, si está en su juicio. Pero la tontería ya está hecha. De aquí mi petición. Si me devuelves el dinero que te pido, podré tapar, y hasta enmendar con un poco de suerte la catástrofe; pero si no..., todos al pozo.

ANTONIO y ABILIO.—¡No!

(Miedosos.)



ANTONIO.—¡No, madre, no!

ANA.—Sí, hijo, sí. Todos al pozo, Abilio. No te hice caso a tiempo y ahora lo pago. Me quitarán, me echarán de mi finca de Marbella antes de un mes. El negocio de la lana que te dije...

ABILIO.—Pero...

ANA.—No tiembles, hombre, que no se pierde nunca nada si vivimos.

ANTONIO.—¡Nada tuyo, dirás!

LEONOR.—¡Exacto, Antonio, exacto! ¡Aquello no era suyo!

ABILIO.—¿Eh?

ANTONIO.—¡Te callas o te echo!

ANA.—¡Bravo por mi hijo! ¡Ay! Si hubieras sido así oportunamente.

ANTONIO.—¡Lo soy cuando es posible!

ANA.—¡Magnífico! Pues a insistir y a resolver con valentía. Pero sin disensiones que no sean útiles. Es necesario que nos salvemos todos, de ser posible. La situación es desastrosa, de pérdida absoluta. Habrá, pues, que pechar y defenderse. ¿Qué se te ocurre a ti?

ANTONIO.—¡Mamá, me tienes ciego! ¡Pudiste hablar antes de hacer!...

ANA.—Sí, hijo, sí. También a mí me ha hecho papilla. La finca de Marbella, en vida de tu padre —un año antes de que muriese— la adquirimos por poco: unas trescientas mil pesetas, todo lo cual pasó a ser mío exclusivamente, a cambio de la tienda, o sea, a cambio de mucho más a tu favor, porque el negocio de tu padre valía más de un millón. Luego, la finca, gracias a mí, que me aparté de todo

para cuidarla, subió y subió de precio, como ha ocurrido con todo el campo.

ANTONIO.—Aun no hace un año que por conducto mío se te ofrecieron cinco millones.

ANA.—Y no vendí. Entonces le hice caso a don Abilio.

ABILIO.—Lógicamente.

ANTONIO.—¡Tú habías de ser!

LEONOR.—¡A ver!

ANA.—Bueno, bueno, dejadle en paz, que está que no digiere mi desgracia. Y no nos lamentemos, que Dios no hizo la luz con pucheritos. Estudiemos de frente. Si hay que decir “de perdidos al río”, veamos de qué manera nos tiramos. O levantamos como sea un milloncejo, para mi casa y para la vuestra, porque las dos están necesitadas de un remiendo, o decidimos pelear con un puesto de pipas.

LEONOR.—Antes...

ANA.—¿Antes qué? ¿La quiebra fraudulenta?

ABILIO.—Ni así resolveríamos.

ANA.—Ni yo resolvería de ese modo. Prefiero el pan y el agua.

LEONOR.—¡Allá usted con sus gustos, que Antonio hará...!

ANA.—Lo que le mandes tú; es decir, lo que le manda tu hijo Moncho, el genio financiero de la casa. Esperemos que él hable.

LEONOR.—¡Es que de hablar lo haría para sus padres, no para usted!

ANA.—¡Ah!

ABILIO.—No se preocupe, madre Ana. Yo todavía sería capaz por mi señora...

ANTONIO.—¿Tú qué, idiota?

ANA.—Te está bien empleado, Abilio. Mi hijo es todo un carácter para nosotros.

ANTONIO.—¡Madre! ¡Por Dios! Que no está el horno para ironías. ¡Tú y sólo tú nos pones en la calle con tu chchez, y bien está que no haga yo lo mismo con vosotros, con el correo y contigo!

LEONOR.—Creo que tendrás que hacerlo de todos modos.

ANA.—Hoy no, ¿verdad?

ABILIO.—Pero...

ANA.—¡Calla tú! Hoy quiero disfrutar con vuestra hija. Me dejaréis, ¿eh?

(Ligera pausa.)

BIBIANA. (*Presentándose por la derecha*).—Señor, una visita rara.

LEONOR.—¡Bibi, eres incorregible! Limitate a decir: "Señor, una visita."

BIBIANA.—No es de este tiempo esa prudencia, doña Leo.

LEONOR.—¡Bien! ¿De quién se trata?

BIBIANA.—De un agente.

ANTONIO.—¡Para seguros estamos! ¡Mándale a paseo!

BIBIANA.—Me detendría, y no me va. Es un agente de policía.

ANTONIO.—¿Eh?

LEONOR.—¿Eh?

ANA.—Es rara de verdad la visitita.

BIBIANA.—No pregunta por don Antonio, sino por el señorito Moncho.

LEONOR.—¡Por mi hijo?

ABILIO.—Raro de veras.

BIBIANA.—Pero como el señorito no está en casa...

LEONOR.—¡ Pronto, que entre el agente!

(*Mutis de BIBIANA.*)

ANTONIO. (*Miedoso.*)—Leonor, ¿y tú qué sabes?

LEONOR.—¡ Calla, pasmado! ¡ No puede ser ninguna atrocidad! ¡ Y como sea un tejemaneje de la cajera!

AGENTE. (*Presentándose correctamente.*)—Buenos días.

TODOS.—Buenos días.

AGENTE.—Busco solo un informe.

LEONOR. (*Respirando.*)—Es claro. Mi hijo y Marisa...

AGENTE.—No se moleste la señora, que yo no vengo a descubrir ninguna historia. Yo no sé nada de Marisa. Quien me importa es su hijo: don Ramón Gómez Quiñones...

LEONOR.—De, de Quiñones, señor.

AGENTE.—Sea. Y necesito ver a de Quiñones, para que me facilite algunos datos. El es amigo de don Abilio Bustos...

ABILIO.—¿ Eh?

ANA.—¿ Eh?

AGENTE.—...de don Abilio Bustos del Pulgar.

ABILIO.—¡ Ah! No soy yo.

AGENTE.—...intermediario particular de negocios... propios.

LEONOR.—Le trata, sí, señor; pero...

AGENTE.—No hay nada todavía contra su hijo.

LEONOR.—¡ Naturalmente!

ANTONIO.—¿ Y don Abilio Bustos del Pulgar?...

AGENTE.—Ese señor ha sido detenido esta mañana.

LEONOR.—Y mi hijo...

AGENTE.—Su hijo podría saber a lo mejor, para orientar a

la autoridad... En fin, que es necesario molestarle un poquitín. Tiene que verme hoy mismo, esta tarde, a las cuatro, en mi despacho, en la comisaría de zona. Está cerca. Me llamo Pérez Fontaneda, para servir a ustedes. Que pregunte por mí.

ANTONIO.—Irá.

LEONOR.—¡Irá, si viene a casa!

AGENTE.—Búsquenle ustedes mejor que yo. Y nada más. Perdonen la molestia. Buenos días.

(Mutis del AGENTE, el cual, por la impresión causada, no es respondido. Ligera pausa, que interrumpe BIBIANA cruzando de derecha a izquierda.)

LEONOR.—Ahora, ¿quién?

BIBIANA.—El señorito Alfredo. Voy a darle el soplo a la señorita. Un favor se hace por cualquiera.

(Mutis.)

LEONOR.—¡Antonio, vámonos de aquí!

ANTONIO.—Sí, mujer.

(Mutis izquierda LEONOR y ANTONIO.)

ANA.—Es muchacho de suerte.

ABILIO.—¿Quién?

ANA.—El novio de mi nieta. Sólo con que le nombren, espanta los fantasmas.

ABILIO.—Bueno, señora...

ANA.—Nada de referirte a lo que has oído. ¡Vaya con Dios la finca! Te tengo a ti para salvarme y eso me basta.

ABILIO.—Pero...

ANA.—¿Te vas a arrepentir?

ABILIO.—Yo haré locuras por usted, si es necesario; pero...

ANA.—Chitón.

(*Asoma LOLI, izquierda, vestida para misa.*)

LOLI.—¡Buenos están los papaitos! ¿Y Alfredo, abuela?

ANA.—Aquí no ha entrado nadie.

LOLI.—¡Esta idiota de criada! ¡Alfredo! ¡Alfredo!

ALFREDO.—(*Encontrándose con LOLI.*) ¿Hay fuego?

(*ALFREDO es el galán correcto, simpático y jovial. Se presenta, no obstante, haciendo esfuerzos por disimular alguna pesadumbre.*)

LOLI.—¿Por qué te has quedado fuera?

ALFREDO.—Si he de decirte la verdad, instintivamente.

LOLI.—¿Es que no quieres conocer a mi abuelita?

ALFREDO. (*Apresurándose a saludarla.*)—¿Eh? Perdón, señora. Tenía vivos deseos de saludarla.

ANA.—Gracias, muchacho.

LOLI.—¿Te gusta, abuela?

ANA.—Como para quitártelo.

LOLI. (*Riendo.*)—¡Duro con él!

ALFREDO.—Buenos días, don Abilio.

ABILIO.—Hola, hijo.

LOLI.—¡Alfredo es más alegre, madre Ana!... **Esto trae esta** mañana algún disgustillo. ¿Verdad, percebe?

ANA.—¡Mujer!

LOLI.—El me llama peores cosas y se lo agradezco. ¿Qué te pasa, Alfredo?

ANA.—Ya te diré a ti sola.

LOLI.—No somos novios de secretos.

ALFREDO.—Ni a mí me pasa nada, Loli. Es que he encontrado a Fontaneda, a un agente amigo mío...

ANA.—¡ Ya!

ALFREDO.—Ha estado aquí, según me ha dicho.

ANA.—Sí, para... pedirle informes a mi nieto.

ALFREDO.—Pues... eso es todo.

(*Ligera pausa.*)

LOLI. (*Entristecida*).—¡Este hermanito mío!

ALFREDO.—Por ti exclusivamente me he disgustado. Al fin...

ANA.—¡Ea! ¡Ea! No os enojáis vosotros, que a lo mejor no es nada que atosigue. Cosas de negociantes. Alegraos, alegraos, que el mundo es vuestro. A misa y a quererse.
¡Hala! ¡Hala!

LOLI.—¡Es que también papá y mamá están de un agrio!

ANA.—Es natural; impone siempre mucho un policía.

LOLI.—Es contra ti, abuelita.

ANA.—¡Ja, ja, ja! Les horroriza la pobreza.

LOLI.—¿Tú no estás preocupada?

ANA.—¿Yooo? A mí me dice Dios, después de haber vivido ricamente, que hay que vender castañas, o globitos, para seguir viviendo, y me hago el ama de las esquinas.

ALFREDO.—¡Magnífico!

ANA.—¿Verdad que sí, chiquillo?

ALFREDO.—¡Magnífico, madre Ana! Su temple es de prodigio.

ANA.—Y el prometido de mi nieta es un truhán que vale un cielo.

LOLI.—Que es agrónomo, abuela, y en tu finquita...

ABILIO. (*Sin poderse contener.*)—¡ Bueno!

LOLI.—¿ Me he propasado, Abilio?

ANA.—No le hagas caso, Loli, que ése está majareta por mis huesos y no discurre. (*Rien los jóvenes.*) Así, así, riendo con alegría, que no hay presente malo si se ríe. (*Empujándolos cariñosamente.*) ¡ Hala, nenitos! A misa y a quererse. ¡ Hala! ¡ Hala! Dios os bendiga. (*Los jóvenes, del brazo y riendo, hacen mutis.*) Abilio, hijo, ibas a meter la patita hasta la cintura.

ABILIO.—Pero, señora...

ANA.—¡ Tú qué sabes, tostón! Te ves ya en la buhardilla de un infeliz y tienes miedo. Vente al jardín.

ABILIO.—Pero si todo es por usted...

ANA.—¡ Bah! ¡ Bah! Y porque reconoces que ya no sirves para nada.

ABILIO.—¡ Yo arrancaré adoquines por los dos!

ANA.—¡ Ja, ja, ja!... ¡ Y qué adoquines!

TELON

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

El mismo decorado. De noche. La cristalera aparece libre y el jardín pintorescamente iluminado.

(Al alzarse el telón, dentro suena una melodía moderna, estrepitosa y rara. La escena estará sola, y a poco, viniendo del jardín, BIBIANA, ahora de gala, cruza, para irse por la izquierda.)

BIBIANA.—Ya se tutean en el cenador hasta los pitos de los músicos. ¡Viva el chimpaní!

(Casi a continuación, graciosamente embriagada y conducida por DON ABILIO, llega madre ANA. También viste de fiesta.)

ANA. *(Apareciendo.)*—Malo..., eres malo, Abilito.

ABILIO.—Alguna vez había de serlo, madre Ana.

ANA.—Muy malo.

ABILIO.—No... se siente usted bien. Venga, venga a sentarse.

ANA.—Espera, nene.

ABILIO.—Siéntese usted primero.

ANA.—Oye, ¿se me nota mucho la curda?

ABILIO.—Como diría usted: una mijita.

ANA. (*Riendo.*)—Eso... eso tiene salero... Bueno, ¿pero verdad que están más pítimas que yo esos que creen que es música lo que tocan?

ABILIO.—A ese compás se baila hoy.

ANA.—Ya, ya. ¿Volvemos?

ABILIO. (*Cesa la música.*)—¡No!

ANA.—¡Ja, ja, ja! Me he despachado a gusto con algunos de los invitados.

ABILIO.—Demasiado quizá. Los anfitriones, sus hijos, están que muerden con usted.

ANA. (*Normal, porque fingía la borrachera.*)—Gracias a Dios, tontaina.

ABILIO. (*Sorprendido y alegre.*)—¿Eh?...

ANA.—Sí, hombre, sí, no lo he probado en toda la noche. Pero tenía que bromear y darle a mis hijitos la matraca. ¡Ah!, y de camino, como has visto, decirle a más de cuatro unas cuantas frescas. Siempre me reventó lo cursi, que es lo que abunda en la cuchipanda, y como ayuda el vino, me agarré a la jumera para explayarme. ¡Ah!, y seguiré lo mismo cuando convenga. ¿Entendido, cariño?

ABILIO.—Entendido.

ANA.—Dime también cariño si te sale. ¿No ves que no arde ya la cera, so pelmazo?

ABILIO. (*Riendo con temblor.*)—Es usted única.

ANA.—¡Ojo!, que me vuelvo al tonel. Agárrame...; pero no te aproveches, ¿eh?

(*Vuelve a su embriaguez, porque aparecen en la entrada del jardín, discutiendo, LEONOR y ANTONIO.*)

LEONOR.—¡Antonio, ya está bien! ¡La riñes tú sin miramientos, o me disparo yo!

ANTONIO.—Déjame a mí, Leonor.

LEONOR. (*Empujándole para la escena.*)—¡Sin miramientos!

ANA.—¡Adiós, romana!

LEONOR.—¿Qué?

ABILIO.—Eso de la romana no deja de ser un trasto.

LEONOR.—¡Qué impertinencia!

(*Mutis.*)

ANTONIO.—¡Esto es intolerable!

ANA.—¿El qué, bonito mío?

ANTONIO.—¡Vergonzoso!

ABILIO.—Antonio, hijo, repara en que bebió un poco de más.

ANTONIO.—¡Eso es lo repugnante! ¡Quiso marcharse a Andalucía para eso, para tomarle el gusto a la bebida!

ANA.—Y para fastidiar al calzonazos de mi hijo, que es un muñeco de aserrín gracias a la mujer más inconsciente de la tierra.

ANTONIO.—¡Madre, que voy a estallar!

ANA.—Eso ni poniéndote pólvora en el coco.

ANTONIO.—¿Pero no te das cuenta? ¡Has molestado a gente distinguida!

ANA.—¡Uf!

ANTONIO.—¡A gente ilustre!

ANA.—No, vida. no: a semejantes de tu esposa; a una...

señora que decía, como la tuya, que el chocolate a la española es ordinario, y a una niñita relamida que le hacía cucamonas al novio de mi nieta.

ANTONIO.—Todo naturalísimo.

ANA.—Natural eres tú y eres un trompo.

ANTONIO.—¡Madre!...

ABILIO. (*Que no la suelta.*)—Repara, Antonio.

ANTONIO.—¡Debí arrojarla esta mañana de mi casa!

ANA.—Eso, lo que se supo esta mañana por mi boca, o sea, que mi heredero se ha quedado sin mi finca, es lo que os tiene al matrimonio sin resuello. Pues a chincharse y trabajar, que es lo que haremos Abilio y yo.

ABILIO.—¡Ele!

ANTONIO.—¡Tú a trabajar!

ANA.—Lo que tú nunca hicisté, porque hasta la carrera de abogado, que te compró el buenazo de tu padre con su reparto asiduo de jamones, te sirvió de pegote para pintarla. Nunca has servido para nada, como no sirve nadie de los que se fabrican como tú. Pero..., pero eso ya voló. Constituiste una familia; yo te di con largueza para que fueses adelante, y al fin, ni tú ni ellos respiráis. No has educado ni a tu mujer.

ANTONIO.—¡Ya está bien, madre!

ANA.—No está bien, hijo.

ANTONIO.—¿Es que has venido a molestar concretamente?

ANA.—A... a dialogar, nenito. Aí fin sois cosa mía.

ANTONIO.—¡Ya se ve! ¡Abilio, acuéstala!

ABILIO.—¡Zambomba!

ANA.—¿Abilio a mí?... ¿También es eso idea moderna?

ANTONIO.—¡Qué atrocidad! Estás para...

ANA.—Para cuidar un poco de vosotros, pese a mi... mareillo y a mi ruina. Con el festín casi romano de esta noche, nadie, que sepa yo, tiene presente la verdadera situación, ni siquiera el peligro que le amenaza a tu querido genio financiero.

ANTONIO.—¡Bah! ¡Bah! Ahora te lo suplico, madre: vete a la cama.

ANA.—¿Es que discurre mal mi pítima?

ANTONIO.—¡Ni discurre ni ve!

ANA.—¡Ah! ¡Se le arregló el asunto a tu Monchito!

ANTONIO.—¿Y qué te importa a ti? A la cama, a la cama.

ANA.—No vida, no.

ABILIO.—Aun tiene que aprender el baile mambo.

ANTONIO.—Pero...

ABILIO.—Repara, Antonio.

(LOLI, apresurada, como si buscase a alguien con ansiedad, se presenta en el foro y se detiene conmovida, entristecida, porque confirma la embriaguez de su abuela. Esta la ve en seguida con alegría.)

ANA.—¡Ajajá! Mi nena guapa. Ya estáis de más los hombres. Es decir, y os llamo hombres por despistar.

ANTONIO.—También...

ANA.—No te enfades, Atila.

ANTONIO.—¡Loli, Abilio, no consintáis que vuelva madre Ana al cenador!

ABILIO.—¡Por mí!...

ANA.—Hasta que tenga ganas.

ANTONIO.—¡Ay de ti!

(Mutis.)

ANA.—Y tú, Abilito, y tú vete también; déjame con mi nieta. Y anímate. Bebe, bebe del oloroso, que es el que a mí me ha dado valentía.

ABILIO.—¿Pero también delante de Lolín?

ANA.—¿Quieres marcharte?

ABILIO.—Cógela, Loli, que se columpia para pagar por verla.

ANA.—¡Hala! ¡Hala! ¡Y bebe, hombre!

ABILIO. (*Yéndose.*)—Bien. Santa obediencia. ¡La voy a coger de lujo!

ANA.—¡Ja, ja, ja! ¡Pobre calzones!... ¿Pero estás tú con pena, vida mía?... A ver, a ver. ¿Qué pasaría si mi jume-ra fuera fingida?

LOLI.—¡Ay, abuelita! ¡Te comería a besos!

ANA. (*Normal.*)—Pues empieza ya.

LOLI.—¿Eh?

ANA.—Sí, sangre, sí.

LOLI.—¡Bendita seas!

(*La abraza y la besa con efusión.*)

ANA.—Ya está bien, ya está bien. Resérvate por si te casas.

LOLI.—¡Grandísima bribona!

ANA.—Quise decir verdades de borracho y me ajumé.

LOLI.—¡Y qué bien has fingido!

ANA.—Es más fácil el teatro que la vida. ¿Y tu novio?

LOLI.—Me lo he dejado en el jardín, para que se lo rifen mis amigas.

ANA.—¡Cuidado, nena!

LOLI.—¡Bah! Es camaradería, y camaradería que a él no le gusta. Déjale que compare.

ANA.—Tú conjugas lo nuevo con lo de siempre, como debe de ser. ¡Pícara! Y dime, hija, ¿no hablaste con Marisa? ¿Por qué no está en la fiesta? Hubiera sido una sorpresa para todos; una satisfacción, quizá, para la cajerita, y algo de Carabafia para algunos. ¿No pudiste invitarla?

LOLI.—Lo hice esta tarde, y se me negó a venir.

ANA.—¿Conoce lo que dice tu hermanito?

LOLI.—Sí. Y no le da importancia, la verdad.

ANA.—¡Jesús! Eso es más que moderno.

LOLI.—Ni moderno ni antiguo. Responde a una medida de reserva. No la he podido sonsacar; no ha desmentido ni ha afirmado lo que propala Moncho, y yo he querido deducir de todo ello, que entre mi hermano y ella... No sé, no sé. Se me ha mostrado reservadísima, tristonera; pero sin consentirme una censura contra él. Yo estoy en que le quiere.

ANA.—¿Ellos se ven?

LOLI.—Hoy no. Pero no es un secreto, salvo para mamá, que se negaba a oír, que ella ha salido mucho con Monchito, y han ido juntos a muchos sitios de recreo, como si fueran novios. Sus alegrías, ciertamente, eran muy vivas.

ANA.—¿Y todo eso se ha roto?...

LOLI.—De repente, abuelita. Esto sí que lo ha dicho. No salen juntos ni se hablan, desde hace un mes. Y ella es la que se opone. Y él sigue pretendiéndolo a diario.

ANA.—¿También te lo ha dicho ella?

LOLI.—Claro.

ANA.—¿Y ha estado reservada?

LOLI.—Claro, abuelita. No me ha contado intimidades.

ANA.—¡ Jesús! ¡ Pero, mujer!

LOLI.—Entre hermanas presuntas...

ANA.—Calla, diablo, calla. Dime concretamente: ¿ Marisa es buena?

LOLI.—Muy buena.

ANA.—Pues tengo yo que hablar con la muchacha. Creo que te ha dicho demasiado. ¿ Viene a la tienda todos los días?

LOLI.—Desde luego.

(BIBIANA cruza corriendo y desaparece por el jardín.)

ANA.—¿ Eh? ¿ Lleva esa académica alguna bandeja?

LOLI. (*Riendo.*)—Nada. Irá a opinar.

ANA.—Calla. Que no... (*Dice esto último, porque desde el jardín, hacia la izquierda, cruza MONCHO, corriendo y alegre.*) Es que hay carreras de borricos.

LOLI.—¡ Ja, ja, ja! Es que va al teléfono mi hermano. Espera una noticia.

ANA.—¿ Le hizo caso a mamá?

LOLI.—Sí. Se comprenden.

ANA.—¿ No le ha hecho caso, entonces, al policía?

LOLI.—A nadie, ni siquiera a mi novio, que le aconsejó después de hablar con el agente. Mamá le dijo lo contrario, porque, según ella, molestaría a un amigo, jefe del Cuerpo, para que lo arreglase todo, y Moncho obedeció. Mamá, efectivamente, le telefoneó al amigo, y éste quedó en llamar esta misma noche. Y a eso seguramente acude Moncho.

ANA.—Vete a saber. El ha pasado muy contento.

LOLI. (*Temerosa.*)—¿ Eh?... Mira, abuelita.

(*Es que reaparece MONCHO, abrumado, casi lloroso y andando a duras penas.*)

ANA.—¡Malo! Se equivocó mamá.

LOLI.—No he visto nunca a Moncho tan decaído.

ANA.—Es que va para inútil; es decir, para viejo.

LOLI.—Yo no lo tomo a broma, abuela. Moncho, ¿qué te sucede?

MONCHO.—Dile a mamá que venga.

LOLI.—Pero...

MONCHO.—¡Dile que venga!

LOLI.—Bien, hombre, bien. Voy en seguida.

ANA.—Oyeme, nena. (*Confidencial.*) Tendré forzosamente que mantener la curda.

LOLI.—Bien. (*Yéndose apresuradamente por el jardín.*) ¡Dichosos negociantes!

(*Pausa. Madre ANA, vuelta a su embriaguez, se levanta, rodea a MONCHO como queriendo reconocerle y habla.*)

ANA.—Sí..., sí, sí... Es mi nieto... Moncho, convídame... No hay peor sordera que un batacazo... Pero los sordos también oyen. ¡Entra, Marisa!

MONCHO. (*Como si despertase.*)—¿Eh? (*Ríe madre ANA. Chasqueado y exaltado.*) ¡Esta broma idiota!

ANA.—No..., no te nombres, nenito.

MONCHO.—¡Qué estupidez!

ANA. (*Después de reír.*)—¡Lástima de energía!... Aquí, aquí te llega la salvación.

(*Llegan del jardín LEONOR y ANTONIO, la primera enfadada, pero el segundo con miedo.*)

LEONOR.—¿Qué se te ha roto?

ANA.—¡Casi ná!

LEONOR.—Pero... ¿todavía está usted de pie?

ANA.—Y lo que te rondaré, morena. Atiende, atiende a tu chiquillo, que parece que está peor que yo.

LEONOR.—¡Qué espectáculo, Antonio!

ANTONIO.—¡Ya me oirá! Dinos tú, Moncho.

LEONOR.—¿Qué depresión de bobo es ésa? ¿Tú también has bebido?

MONCHO.—Mamá..., me ha llamado el agente, no tu amigo, para ordenarme que me presente a él esta misma noche.

LEONOR.—¿Y qué? Si se ponen así de intransigentes te llegas con tu padre y asunto hecho. No querrás que yo, a la una de la madrugada, moleste a nadie de nuevo, ni que descuide a los invitados por una majadería.

ANA.—¡Y menuda!

LEONOR.—¿No puede usted callarse?

ANA.—Calladita, hija; aunque te esté admirando al natural una vez más.

LEONOR.—Eso...

ANA.—Lo de tu... genio financiero es lo importante. Escúchale.

LEONOR.—Moncho, ¿qué hay más? Revienta de una vez, que así, hecho un guifiapo, no pareces mi hijo. ¿Qué temas tú?

MONCHO.—Temo, mamá.

LEONOR.—¿De qué y por qué? Todo se arreglará oportunamente. Vete ahora con tu padre.

ANTONIO.—¿Por qué conmigo?

LEONOR.—¿Quieres mejor que demos la campanada un día

como el de hoy? Yo no debo faltar. Están en casa los amigos.

ANA.—Y tu hijito del alma...

LEONOR.—¡Usted métase en lo suyo!

ANA.—Perdona, vida. Es que ajumada no te entiendo.

LEONOR.—¡Hala, Moncho! ¡Y tú, Antonio!

MONCHO.—Tengo miedo, mama.

LEONOR.—Pues mira, rico, mañana será otro día. Ahora vamos a divertirnos todos.

(Momentos antes, tristes y preocupados, se presentan por el foro LOLI y ALFREDO.)

LOLI.—No, mamá.

LEONOR.—¿Cómo?

ALFREDO.—Es que vendrán por él y será peor.

LEONOR.—Y usted...

ALFREDO.—Yo estoy enterado de cuanto ocurre. Moncho está complicado en la falsificación de un cheque.

LEONOR.—¿Eh? ¡Dios mío!

ANTONIO.—¡Dios mío!

ANA.—¡Azúcar!

LEONOR.—¿Es cierto, Moncho?

MONCHO.—Cierto, mamá. Pero podré probar.

LEONOR.—¡Probar! ¡Probar! Si es como tú dices, para mañana es tarde. Así, todos aquí, no hacemos nada. Y aún vamos a lograr que se murmure por los amigos. ¡Resuelve, Antonio!

ANTONIO.—Yo...

ALFREDO.—Si me permiten, yo iré con Moncho.



LEONOR.—Usted... Bien, bien; ¡quien sea! Este desorden es insostenible.

ANA.—¿Cuál?

ANTONIO.—¡Madre!

ANA.—Gracias, Alfredo.

ALFREDO.—De nada, madre Ana. Vamos, Moncho.

LEONOR.—¡Hala, hijo, hala! No te amilanes, que aquí estoy yo. Telefonea en seguida con lo que sea.

ALFREDO.—Yo avisaré, o vendré.

LEONOR.—¿Usted precisamente?

ALFREDO.—Yo, señora, yo... Hasta luego, Loli. Buenas noches.

(Mutis de ALFREDO y MONCHO, éste llevado por aquél. Ligera pausa.)

ANA.—Menos mal que ha entrado un hombrecito en casa.

LEONOR.—¡Bien! ¡Antonio, Loli, vamos nosotros a cumplir como es de Dios!

ANA.—¡Ave María!

LEONOR.—¡Antonio, que voy a estallar! ¡Vamos!

(Mutis por el jardín de LEONOR y ANTONIO. LOLI, en silencio, llora. Ligera pausa.)

LOLI.—Más me asusta mamá que Moncho.

ANA. *(Normal.)*—¡Bah! Madres descastadillas por orgullo las hubo en todas las edades. Ahora, lo de tu hermano, la facilidad con que tu hermano se ha pringado, para decirlo suavemente, es fruto de estos tiempos. Pero que lo corrijan quienes deben. No te preocupes tú.

LOLI.—Es mi hermano, abuelita.

ANA.—Y mi nieto. No creas que le rechazo, como él a mí. Los viejos resistimos. No somos tan inútiles como nos creen. ¡Hala! No llores tú, que hay cosas graves de verdad y pienso que se arreglen. Vámonos a la fiesta, ¿eh?

(Se sorprenden, lo mismo madre ANA que LOLI, porque asoma por el foro, borracho de veras, ABILIO.)

ABILIO.—Yo..., yo..., yo...

LOLI.—¿También lo finge, madre Ana?

ANA.—No, hijita, no. ¿No ves que lo hace mal?

ABILIO.—Yo...

ANA.—Tú, ¿qué? ¿Quién te ha engañado?

ABILIO.—Yo..., yo mismo. He bebido seguido..., muy seguidito, muy seguidito, para..., animarme y decirle a usted que la...

ANA. }
LOLI. } (Aguantando la risa las dos).—¡Jesús! ¿Será posible?

ABILIO.—(Angustiado).—Y..., y ni borracho puedo. (Ellas rompen a reír. El, pegándose en la cara.) ¡Por zote!... ¡Por animal! ¡Ni borracho puedo! ¡Ni...! (Transición.) Bueno, Abilete, bueno, no te castigues, que todavía no eres una piltrafa. Piano, chaval. Es verdad que has bebido, que has empinado el codo más de la cuenta; pero... la manzanilla es buena, cosa de ley, que recomienda hasta el Gobierno. Conque yo..., yo... Medita, Abilio. Tú no eres tonto; nunca te lo dijiste y te conoces desde niño. Un tanto a tu favor. Tú no eres feo; tu dulce madre, que en gloria esté, te conocía y te llamaba hermoso. Pues si las cosas son así..., otra..., otra, a la que quise y quiero como a mi madre... No, Abilio, no, como a tu madre, no;

¡como a una novia! (*Encarándose.*) ¡Como a una novia, señora! ¡Sí! ¡La..., la..., la!... Yo..., yo... (*Rompen a reír ellas, y él, indignado consigo mismo, se aparta y se maltrata.*) ¡Ni así! ¡Ni así! ¡Ni borracho soy hombre! ¡Qué asco!

LOLI.—(*Sin dejar de reír.*)—Pero, abuelita...

ANA. (*Igual.*)—Sí, vida, sí. Así se me declara este pellejo.

ABILIO. (*Más furioso contra él mismo.*)—¡Ni así! ¡Ni así!

(*Ellas redoblan la risa. Cortinas de cuadro.*)

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración. Por la tarde. Varios días después.

(*En escena DON ABILIO, sentado y como si rezase. A poco BIBIANA.*)

BIBIANA.—Don Abilio... (*A una señal de éste, BIBIANA espera un momento.*) ¿Hasta cuándo le va a durar la penitencia?

ABILIO.—Por hoy, ya estamos. Llevo tres días, y me quedan seis.

BIBIANA.—¡Qué le diría usted a la abuela!

ABILIO.—Ni lo sospecho. Como no bebo nunca.

BIBIANA.—¡Ya, ya! La cogió usted de las verdes, que dicen que son las explosivas.

ABILIO.—Paciencia, paciencia para aguantar la risa con que me tratan desde entonces la señorita y madre Ana. ¿Qué deudas tú de mí?

BIBIANA.—¡ Ah! Que está con la *fatura* el del hotel y ésta es la quinta vez que viene. ¿ Se lo soplo a doña Leonor?

ABILIO.—Sería inútil. Dile al del hotel que siga paseándose.

BIBIANA.—¡ Por mí!...

(*Mutis.*)

ABILIO. (*Con pesadumbre*).—¡ Qué será de nosotros!

ANA. (*Saliendo del interior*).—Abilito, ¿ insistes en no mendar?

ABILIO.—Señora, no me apetece.

ANA.—La desgana, hijo, la desgana que da el amor a ciertas alturas.

ABILIO.—Bromas a parte, madre Ana...

ANA.—Exacto. ¿ Hiciste mi encargo?

ABILIO.—Sí, señora. Por cierto, que el propio don Emeterio me ha hecho la ficha: mi nombre, mi situación..., mi...

ANA.—Como que tú también tienes tus cuentas con la trampa.

ABILIO.—Yo...

ANA. (*Riendo*).—Tu palabra de ajumado. (*Remedándole.*)
Yo..., yo...

ABILIO.—Pero, señora...

ANA.—¿ Qué te ha dicho don Emeterio?

ABILIO.—Nada. Es decir, que salude a usted cariñosamente.

ANA.—No es poco. Ese te gana la partida. Es joven y es notario.

ABILIO.—Y a mí, ¿ qué va a ganarme?

ANA.—¡ Ja, ja, ja! Ese es el que entiende en mi ruina. Quizá me salve parte.

ABILIO.—Chufas a un lado, doña Ana...

ANA.—Chuffas aparte, no es mi ruina la que me importa. Me importa la de aquí, la de estos locos de mis hijos, y, aún más que la ruina, la desmoralización en que han caído. El panorama es épico, sin referirme ya a la intervención de embargo que pesa sobre el negocio; me asusta más lo familiar; la detención de Moncho por lo del cheque, y la actitud de sus... papás, que no se han molestado en ir a verle; el padre..., por calzones, y la madre, porque lo considera sensiblero. Hoy lo elegante es aceptarlo todo alegremente, como si la alegría aplaudiese a los ladrones y a los tontos.

ABILIO.—Ya, ya.

ANA.—¿No se te ocurre otro comentario?

ABILIO.—Yo...

ANA. (*Riendo*).—¡Ya saltó el "yo"!

BIBIANA. (*Presentándose*).—Señora...

ANA.—Di.

BIBIANA.—Una camarada pregunta por usted.

ANA.—¿Una...?

BIBIANA.—Marisa, la señorita de la caja.

ABILIO.—Hijita, eres un higo chumbo.

ANA.—¡Silencio! ¿Y viene a verme a mí la... camarada?

BIBIANA.—A usted. ¿Quién es aquí la madre de respeto?

ANA.—Ya. Que pase.

(*Mutis de BIBIANA.*)

ABILIO.—¿No habló usted ayer con la muchacha?

ANA.—A eso fui a la tienda, y no esperaba, ciertamente, que viniese a hablar conmigo. Es entera la muchacha.

MARISA. (*Presentándose respetuosamente.*)—Buenas tardes.

ANA.—Pasa, mujer. Aquí, aquí, a mi vera.

MARISA.—Muchas gracias, señora.

ABILIO.—¿Estorbo?

MARISA.—Por mí, no, don Abilio.

ANA.—Ni por nadie. ¿Qué pinta ya el siglo XIV?... Malo.

A Marisita no le hace gracia nada.

MARISA.—Hoy, no, señora. Vengo de ver a Moncho.

ABILIO.—¿Eh?

ANA.—¡Hola! ¿Habéis hecho las paces en la prisión?

MARISA.—He ido a ver a un desgraciado, doña Ana.

ANA.—Perdona. ¿Te llamó él?

MARISA.—He ido yo voluntariamente. Lo suponía como está, porque en el fondo es un chiquillo mal educado, y... resolví llegarme a verle. Y por él estoy aquí. Me lo ha pedido.

ANA.—¿Mi nieto te ha pedido que me veas?

MARISA.—No a usted, precisamente. El me ha pedido que vea a su madre; pero yo..., la verdad, ante el temor de que doña Leonor se opusiera a recibirme, he recurrido a usted. Moncho está decaidísimo. Los dos días de prisión le han abatido enormemente, como también... ciertas ausencias. Ha enloquecido de alegría al verme a mí. Y..., y a mí me ha dado el encarguito.

ABILIO.—Pedirá árnica, ¿no?

ANA.—O te callas, Abilio, o te mando a beber.

ABILIO.—¡No! Nunca más en un siglo.

ANA.—Sigue, Marisa. ¿De qué encargo me hablabas?

MARISA.—No es para usted, ya se lo dije; pero... yo se lo doy a usted, porque deseo que lo conozcan los señores. Urge que lo conozcan, o así lo entiende su propio nieto,

que no tolera su situación. Y pide, mejor dicho, suplica, que su mamá haga lo posible por aportar las cincuenta mil pesetas que se le fijan, como fianza, para ponerlo en libertad.

ABILIO.—Ese se pudre sin ver el sol.

ANA.—Tú no sabes palabra, Abilio, ni eres ya el empleado de los señores. En realidad, lo mismo tú que yo somos dos gorras impertinentes de la casa. Llama, llama a la camarada Bibi, para que avise a la señora.

ABILIO. (*Pulsando un timbre.*)—Me veo falsificando “rubias”.

MARISA. (*Levantándose.*)—Yo, doña Ana...

ANA.—Tú sigue como estabas, que los que ladran mucho, muerden poco. (*A BIBIANA, que asoma.*) Oyeme, camarada...

BIBIANA.—Así me gusta.

ANA.—...dile a los otros...

BIBIANA.—¿A qué otros?

ANA.—A mis hijos.

BIBIANA.—Ya. A los camaradas que apoquinan.

ANA.—A los que pagan cuando pueden. Diles, si han mendrado, y si no también, que aquí hay un mensajero del señorito.

BIBIANA.—Sí, señora. Pero, dígame usted: ¿los mensajes no vienen con las palomas?

ANA.—Claro.

ABILIO.—Es que éste lo trae la camarada Marisa en el peinado.

BIBIANA.—Ya. Las cosas *diáfonas*.

(*Mutis.*)

ABILIO.—¡Qué ejemplar!

ANA.—No murmures, Abilio, que aún no tienes edad.

ABILIO.—Ni paciencia, verdaderamente, para observar como un marmolillo cuanto sucede en la familia, no ya por esta banda, que se resquebraja día tras día desde hace tiempo, sino también por la de usted, que es lo peor, por increíble. Y para colmo lo de ahora; ¿cómo y por quién se va a pagar esa fianza?

MARISA.—Se moriría Moncho.

ANA.—No le daría tan fuerte. Antes te morirías tú, por lo que veo. Pero, me pongo de tu parte; convendría hacerle caso al detenido.

ABILIO.—Es que...

(Lo interrumpen los señores LEONOR y ANTONIO con su presencia. A LEONOR, por su parte, le molesta la de MARISA, que se pondrá de pie al verlos.)

LEONOR. *(Llegando con ANTONIO.)*—Veamos... ¿Quién?

MARISA.—Perdone usted, señora.

ANA.—¿Qué es lo que tiene que perdonarte?

LEONOR.—Cállese ahora, madre Ana, haga el favor. ¿Cuándo se van ustedes, don Abilio?

ABILIO.—Señora, no hay sitio en el tren hasta dentro de unos días.

ANA.—Sin embargo, nos iremos pronto. Ya le he dicho a don Abilio que me contrate un supersónico.

ANTONIO.—¡Madre!

LEONOR.—¡Con tu madre no hay serenidad posible! ¿Qué quieres tú, Marisa? ¿Cómo y por qué abandonas tu ocupación?

MARISA.—Me autorizó esta tarde don Antonio.

LEONOR.—¡Edificante! ¡De modo, esposo, que la autorizas tú para que venga a hablarnos de un pleito estúpido de chicos!...

ANTONIO.—No, mujer.

LEONOR.—¡Sí, Antonio, sí! ¡Aquí la tienes!

ANA.—Para que tú patines un poquito.

LEONOR.—¡Señora!

ANA.—Escucha a la señorita y entérate.

LEONOR.—¡Si quiero! Si entre mi hijo y ella...

MARISA.—No vengo a nada de eso, doña Leonor.

ANTONIO.—Claro.

LEONOR.—Pues eso se dice.

ABILIO.—Cuando se puede.

LEONOR.—¡Habla, Marisa! ¿Qué otra cosa te trae?

MARISA.—Su hijo Moncho.

LEONOR.—¿Conque no venía a eso, querido esposo?

ANTONIO.—No.

ANA.—No.

ABILIO.—No.

LEONOR.—Pero...

MARISA.—Claro que no, señora. Yo no he resuelto nunca mis... contratiempos, que hasta ahora han sido pocos y chicos, a Dios gracias, yendo a llorar al muro de la iglesia. Yo entro en el templo.

ANA.—¡Bien!

ABILIO.—Se la ve que es lectora del *Coyote*.

LEONOR.—¡Menos palabrería! ¿A qué vienes a verme?

MARISA.—Yo, no. Vengo de parte de su hijo.

LEONOR.—¿Eh?... ¿Que Moncho a recurrido a ti?

ANA.—A quien no ha tenido miedo para ir a verle.

MARISA.—Ni había por qué.

LEONOR.—Bien, bien. Después de todo, no has hecho más que cumplir como una dependienta agradecida.

ANA.—¡Azúcar!

LEONOR.—¿Qué te ha dicho el señorito? ¿Qué necesita?

MARISA.—Hoy mejor que mañana, cincuenta mil pesetas.

ANTONIO.—¡Dios mío!

ANA.—Se atascaron los humos.

LEONOR. (*Aturdida*).—¿Has oído, Antonio?

ANA.—Responde, hijo, que ahora te necesita hasta tu mujer.

LEONOR.—¡Esto es muy serio, doña Ana!

ANA. ¡Y tan serio!

ABILIO.—Más que yo.

MARISA.—Ni una peseta menos de lo dicho, si es que desean ustedes la libertad del señorito.

LEONOR.—¡Ah! ¡Vamos! ¡Se trata de un chantaje!

ABILIO.—¿Qué atrocí...!

ANA.—¡Abilio!

MARISA.—Doña... Leonor, ese dinero es la fianza judicial que se le exige al... señorito. Y el señorito, lógicamente, como desea verse entre ustedes mejor que allí, le suplica a sus padres.

LEONOR.—Ya... ¡Antonio!

ANTONIO.—Abilio... tú...

ANA.—¡Eh! ¡Eh! Que ése está despedido. Abilio no sabe nada.

ABILIO.—Sé lo mismo que el jefe, o sea, que hoy no se puede retirar de parte alguna del negocio ni un real. Hoy nada es nuestro —de los señores, claro es—, ni siquiera estos muebles —y ya hablo así, porque lo sabe todo doña

LEONOR.—, y en situación tan delicada, no sé que pueda hacerse nada por Monchito.

LEONOR.—¡ Y es necesario hacerlo !

ANA.—Eso me gusta.

ANTONIO. (*Muy deprimido*).—Yo no veo la manera.

LEONOR.—Tú eres el obligado.

ANA.—O tú. El caso es atender al infeliz.

LEONOR.—¿ Y el infeliz por qué, mientras vivan sus padres ?

ANA.—¡ Ah ! A resolver, a resolver, que es lo que os pide.

MARISA.—Moncho está angustiadísimo. Ni advertido por una, nunca quiso pensar en los peligros de su... carrera, que no tenía otro norte que el de llevar dinero encima para tirarlo y...

LEONOR.—¿ Y quién te pide a ti que opines de ese modo ?

MARISA.—Perdón.

ABILIO.—No siente otro interés que el de su hijo.

LEONOR.—Para eso están sus padres.

ANA.—Que se vea, que se vea.

LEONOR.—¡ Antonio, da una idea !

ANTONIO. (*Exaltado*).—¡ No sé ! ¡ No sé ! ¡ Y ahora nos pide Moncho con razón ! ¡ Está allí por nosotros ! ¡ Somos nosotros los culpables !

LEONOR.—¡ Tú y sólo tú, que eres el hombre de la casa !

ANA.—¡ Jesús !

LEONOR.—¿ Eh ? ¡ Para usted nadie razona !

ANA.—Deseo exclusivamente que resolváis, no que corráis la pólvora.

LEONOR.—¡ Diga usted cómo !

ANA.—La cosa es sencillísima, mujer ; es decir, sencillísima, siendo el motivo un hijo, no sé si bueno o malo, ni me im-

porta. Es carne tuya quien reclama, quien os suplica, arrepentido, que le ayudéis, porque al primer traspies se cree morir, y es justo que acudáis a protegerle.

LEONOR.—¿Y quién se niega?

ANA.—Vaciláis, que es lo mismo.

ANTONIO.—Madre, porque no encuentro el modo de ventilar.
Si tú no...

ANA.—¡ Eh! ¡ Eh! ¡ Que yo no toco pito en vuestra anarquía.
Ni de encontrarme bien os haría falta. Os sobra en este caso con el joyero de Leonor.

LEONOR.—¿ Eh? Es decir, no lo creo conveniente.

ANA.—Lo mermarías un poco nada más.

ANTONIO.—Desde luego.

LEONOR.—¿ Tú también loco?

ANTONIO.—Mujer...

LEONOR.—¡ Pues sí que es un arreglo! Y un arreglo, en resumen, si lo miramos bien, completamente innecesario. No es el delito de Monchito tan atroz. Ya veré yo de que le pongan en la calle.

ANTONIO.—¡ Leonor!

LEONOR.—¡ Se ha terminado!

(Mutis por el interior.)

ANTONIO. *(Siguiéndola suplicante).*—¡ Leonor! ¡ Leonor!

MARISA. *(Angustiadísima).*—¡ Es increíble!

ABILIO. *(Casi igual).*—Lo considera innecesario.

ANA.—Hay, hay ejemplares para todo... Acércate, Marisa.
No te preocupes tú, que yo también tengo mis joyas.

ABILIO.—¿ Eh? ¡ Antes me las bebo!

ANA.—No le hagas caso.

MARISA. (*Nerviosa y conmovida, besándole las manos*).—
Gracias, muchas gracias.

ANA.—Deja, criatura, deja... ¿Quieres mucho a mi nieto?

MARISA.—¡ Es mi vida, señora!

ANA.—¿ A pesar de lo que dice?

MARISA.—¡ No miente!

ABILIO.—¿ Eh?

ANA.—¡ Dios mío!

MARISA.—No miente.

ANA.—Bien, bien... Vete tranquila, que yo resolveré la situación.

MARISA.—Dios se lo pague, madre Ana. Todo por él.

ANA.—Adiós, hijita, adiós. (*Mutis de MARISA, sin poder hablar. Ligera pausa.*) No gana una para sorpresas.

ABILIO. (*Con temor.*)—Ni para cataplasmas. ¿ Y usted ha pensado bien lo que ha resuelto, doña Ana?

ANA.—No, hijo, no.

ABILIO.—¿ Y va usted a desprenderse?...

ANA.—¡ No pienses tú por mí! ¡ No sea jaqueca! ¡ Y calla ahora!

(*Es que llegan de la calle, hablando desde dentro, LOLI y ALFREDO. La primera como abatida. Formarán grupo aparte, desde que aparecen, sin reparar en los de escena, asimismo agrupados para oír y observar.*)

ALFREDO.—Me planto, Loli. Me importas tú sobre todas las cosas. ¿ A qué obedece tu decaimiento? Por el estado de tu hermano no es posible, puesto que antes de verle ibas así...

ANA. (*A DON ABILIO, con alegría*).—Otros que han visto a Moncho.

ABILIO.—Estos también son de oro fino.

ALFREDO.—¿Qué tienes, Loli?

LOLI.—Alfredo, mucho miedo.

ALFREDO.—¿Precisamente por tu hermano?

LOLI.—No. Si he de decirte la verdad, la situación de Moncho me ha producido indignación. Ha delinquido por arrogancia, y aun admitiéndolo pesaroso, nunca pude creer que se mostrase sin el menor aliento para aceptar la pena. ¿No presumía de hombre? ¿No era el factor indiscutible de mi casa?

ALFREDO.—¡Cuidado, Loli!

LOLI.—¡No le disculpa su flaqueza!

ALFREDO.—Bien, bien, lo de tu hermano es secundario para mí. No le censuro duramente como tú. Los sustos nos enseñan. Ha sido un engañado. Y de momento la fianza...

LOLI.—¿Quién va a poner esa fianza? Mis padres, no. No ignoras tú la situación.

ALFREDO.—Pero también creo conocer a tu abuelita.

LOLI.—¡Ay, Alfredo!...

ALFREDO.—¿Qué? ¿A qué viene este temblor?

LOLI.—Es... es mi miedo..., miedo a decírtelo.

ABILIO. (*Bajo, a madre ANA.*)—¿Y usted la está gozando?

ANA.—Claro, zoquete.

ALFREDO.—No te comprendo, Loli.

LOLI.—Te he hablado mucho de su finca de Marbella.

ALFREDO.—Mucho y muy bueno.

LOLI.—De... de que allí tu carrera...

ALFREDO.—Di de una vez.

LOLI.—Y...

ANA. (*Para que oigan.*)—¡Ea!, tengo que intervenir.

LOLI.—¿Eh?... Pero...

ALFREDO.—¿Eh?... Pero...

ANA.—Sin asustarse, ¿eh?, que yo no cazo grillos a mi edad.

Y lo de grillo va por ésta, por mi nieta, que critica a su hermano por majareta y débil, y ella es más tonta que un cepillo. Gracias a Dios se muestra así porque te quiere. Teme perderte si te dice...

LOLI.—¡Abuelita!

ANA.—¡No tiembles más, piñón! Teme decirte, sencillamente, que ya no hay finca de Marbella.

ALFREDO. (*Comprendiendo con alegría y fingiendo desgana súbitamente.*)—¡Ya!

ABILIO.—Que la familia entera está más pobre que una rata.

ALFREDO.—Ya... (*Ansiedad, sobre todo en LOLI. Despidiéndose de modo que DOÑA ANA capte la verdad con fruición contenida.*) Si es así...

ANA.—Sí, hijito, sí; nadie quiere engañarte.

ALFREDO.—Gracias, señora. Por suerte, su finca de Marbella es la mejor, y se llama... ¡Loli! (*Inicia un mutis ante el terror de LOLI y, cuando está cerca, la atrae hacia sí violentamente y la besa. Ligera pausa. LOLI, por la emoción, no acierta a hablar.*) Perdone usted, madre Ana.

ANA.—Nada, muchacho. La sinceridad no asusta nunca.

LOLI. (*Estallando.*)—¡Pues ahora voy yo!

(*Y se abraza a ALFREDO.*)

ABILIO.—¡Quién fuera así!

ANA. (*Con guasa característica.*)—Aprende, Abilio, aprende.

TELON



ACTO TERCERO

Continúa el decorado de los actos anteriores. Dos días después,
por la mañana.

(*En escena, sola, reclinada y pensativa, LEONOR. A poco BIBIANA, con una factura.*)

BIBIANA. (*Dándole la factura, que LEONOR cogerá.*)—Señora.

LEONOR. (*Leyéndola despectivamente.*)—"Nueve mil pesetas".

BIBIANA.—La *faturita* de la fiesta. El hombre ha dicho, suspirando, que ya no vuelve más.

LEONOR.—Gracias a Dios. Se ponía pesado. Hoy o mañana irá don Antonio.

BIBIANA.—¿A qué? Si ha suspirado el productor, es porque acabo de darle un cheque.

LEONOR.—¿De quién?

BIBIANA.—De madre Ana.

LEONOR.—¡Esta señora se ha empeñado en humillarnos!

BIBIANA.—¡Bah! La pasta lo arregla todo. Es muy simpática su suegra.

LEONOR.—¿También te ha ganado a ti?

BIBIANA.—A mí con poco. Me ha dicho cuatro cosas de su

experiencia y me ha ofrecido una garlopa. Dice que la garlopa hará de mí una novelista.

LEONOR.—Ya. ¿Salió?

BIBIANA.—Está leyendo en el jardín. Su perro Abilio fué el que salió. ¿Ha desayunado la señora?

LEONOR.—Sí.

BIBIANA.—¿Gusta de repetir?

LEONOR.—¡No seas pánfila y vete!

BIBIANA.—Bien, bien. Pero que conste que no *delinquo* con mi cultura.

(*Mutis.*)

LEONOR. (*Estrujando la factura y tirándola.*)—¡Esta señora entrometida! (*Llega madre ANA del jardín. Trae un libro. Ve a LEONOR, se hace la distraída y se va a un sillón para leer.*) ¿No se saluda?

ANA.—¡Ah! Buenos días, hija. No te había visto.

(*Lee.*)

LEONOR.—Usted no ve lo que no quiere... Ni oye cuando no le da la gana.

ANA.—Es curioso este libro. Según él, las sandías de secano son las mejores.

LEONOR.—¡Que le aprovechen!

ANA.—Gracias.

(*Lee.*)

LEONOR.—Acaba de pagarse la factura de la fiesta.

ANA.—Dímelo a mí; pero sanseacabó, el pellizquito de mis reservas ha dado el último suspiro.

LEONOR.—Nadie ha pensado en pedirle nada... Ni siquiera se le ha vuelto a decir que se marche usted.

ANA.—No hacía falta. Mañana nos iremos Abilio y yo, porque he de hacer entrega de la finca.

LEONOR.—¿Y se queda usted lista?

ANA.—No tanto como tú; pero me quedo pisando sobre la tierra, que no es grano de anís.

LEONOR.—¡No habla usted en serio ni con el cura!

ANA.—Desde luego. Le gusto al cura de Marbella más que a mi novio. ¿No sabes tú que tengo novio?

LEONOR.—¡Bueno, señora, bueno!

(Ambas se interesan con ANTONIO, que sale del interior, con dirección a la calle, preocupados y sin saludar.)

ANA.—Adiós, hombre.

ANTONIO. *(Volviendo a besarla, cosa que le cae como un explosivo a LEONOR.)*—Perdona, madre... No puedo ir contento a lo que voy.

ANA.—Animos, hijo.

LEONOR.—¿Y a qué vas tú?

ANTONIO. *(Sin hacerla caso.)*—Hasta luego.

(Mutis.)

LEONOR.—¡Antonio!... ¿Usted ve bien este desaire?

ANA.—Ni bien ni mal; son cosas vuestras.

LEONOR.—Pero...

(*Y se interrumpe porque sale MONCHO del interior, poco más o menos como el padre, haciendo medio mutis.*)

ANA.—¡ Cualquiera saluda a éste!

MONCHO. (*Volviendo y arrodillándose fervorosamente.*)—

Tú, abuela, tú. ¡ Tú como nadie! Perdóname.

ANA.—Yo no soy Dios, cariño.

MONCHO.—Me muero de vergüenza frente a ti.

(*Llora sobre el regazo de la abuela.*)

LEONOR.—¡ Pero este crío!

ANA.—¡ Al crío también le sale mi sangrecita!

LEONOR.—Eso...

ANA.—Eso no es malo; no te apures. Ni tú me llores, Moncho. Sé por tu hermana, desde anoche, tu hermoso día de libertad, que te escondías de mí avergonzadillo.

LEONOR.—¡ No sé por qué!

ANA.—Con que lo sepan los demás es suficiente. Hala, Monchito, ve donde ibas.

MONCHO.—Voy...

ANA.—Lo sé y te felicito. Ve, ve donde ibas.

MONCHITO. (*Besándola con alegría.*)—Hasta ahora.

LEONOR.—¿ Pero a dónde vas tú?

MONCHO.—¡ Hasta ahora!

(*Mutis.*)

LEONOR.—¡ Esto es inconcebible! ¿ Quién es aquí la madre?

ANA.—¿ La madre?...

LEONOR.—¡ La madre, sí!

ANA.—¡ Qué mal papel le asignas a María!

LEONOR.—¡ No puedo más! ¿ Qué ha traído usted a mi casa?

ANA.—Bien poco, es cierto; unos días de gorra, la libertad de tu chiquillo, el cumpleaños más rumboso de mi nieta, algo de amor...

LEONOR.—¡ Bah! ¡ Ha traído usted el infierno con sus zàlemas!

ANA.—Sí, hija, sí; gracias a mis... zalemas tu joyero está intacto.

LEONOR.—¡ Ah, vamos!

ANA.—¿ Y aun quieres que te aclaren lo que sucede?

LEONOR.—¡ No quiero aclaraciones! ¡ Quiero cortar esta situación!

ANA.—¡ Jesús!

LEONOR.—Pero...

ANA.—No forcejees, que yo no riño nunca. ¿ No lo has podido ver en veinticinco años de nuera? ¿ Cuándo me has visto intervenir en vuestras cosas, siempre tan enemigas de las mías? No, vida, no; mi hijo encontró su fardo a gusto suyo, como tú el tuyo, y allá vosotros con la carga. Eso sí, esto no implica que yo me desentienda de mis hijos. Si siento mi ruina, es porque llega al par que la vuestra; porque os veo perdiditos, y yo no tengo ya con qué acudir y procuraros la salvación que alcanzaría, Dios mediante, si tuviese con qué; aunque, en verdad, pondría mis condiciones esta vez, no por desconfianza, sino miedosa ya... de tu inconsciencia.

LEONOR.—De mi...

ANA.—No, hija, no; me propasé sin darme cuenta. No me permitas más que te hable en serio. ¡ Inconsciente tú!

LEONOR.—En broma o no, dice usted lo que quiere, y...

ANA.—Mi palabra que no. Pero atente a los hechos, que incluso entre los seres más queridos y entrañables reza y hace su nido la golondrina del adagio: "Obras son amores"...

LEONOR.—¡ Monserga !

ANA.—Allá tú con tus luces. Tu esposo va a la tienda; ¿sabes a qué?

LEONOR.—Porque lo sé, Antonio y yo estamos de uñas. No lo debe aceptar.

ANA.—¿Cómo podría impedirlo? ¿Cómo impedir que el acreedor primero, con razón y por ley, se incaute del negocio? Digo, podría impedirlo de momento, y hasta podría rehacerse buenamente, con estrecheces temporales; pero aportando hoy mismo una cantidad que sufragara los intereses, y ese dinero, si tú quisieras...

LEONOR.—Lo considero innecesario.

ANA.—Pues a atenerse a las consecuencias. Vete buscando una placita de institutriz, por si las moscas.

LEONOR.—¡ Yo !

ANA.—Eres cabeza de familia, la auténtica, puesto que Antonio no pinta nada, y es lógico que peches con el final.

LEONOR.—¡ Bah ! Todos somos mayorcitos. Y si es usted...

ANA.—¡ Eh ! ¡ Eh !, de mí no te preocupes, porque me caso a fin de agosto.

LEONOR.—¿ Eh ? ¡ Loca de remate !

(Mutis de LEONOR al interior. Madre ANA queda riendo. LOLI, alegre, en traje de calle, se crusa con LEONOR, a la que quiere hablar, y recibe un bufido.)

LOLI.—¡ Buena va mamá !

ANA.—No te entristezcas tú, que no hay motivo. Salías alegre y puedes seguir alegre. ¿Te vas a ver con Alfredo?

LOLI.—Si no está aquí a las doce, sí. Falta poco. (*Sentándose a su lado.*) Dime, abuelita: ¿qué debo hacer? Se empeña Alfredo en que nos casemos.

ANA.—Yo haría lo mismo en su lugar.

LOLI.—¿De veras?

ANA.—Claro, criatura. Sobre que os adoráis, que ya es un tanto, el hombre tiene su porvenir en marcha. Cuenta con su labor particular y, aunque de modo transitorio, ya pertenece a Agricultura. Por otro lado tiene casa, que hoy es el sumo; es hijo único de una señora pensionista, su piso es amplio y sano, según decís, y no ha de hacer, por tanto, gastos mayores. Es decir, si él no quiere, porque te digo como anoche, que aun puedo y debo desprenderme de unos miles de duros, para que renovéis el cuarto a gusto vuestro y para que se celebre el casamiento espléndidamente. ¿Hace, nenita?

LOLI.—No quiere Alfredo, ni yo.

ANA.—¿Orgullo?

LOLI.—¡Por Dios, abuela! No te aceptamos el sacrificio, porque si guardas todavía algún dinero, tus... años aconsejan que lo administres para ti.

ANA.—¿Y yo qué importo ya?

LOLI.—Para nosotros mucho.

ANA.—¡Ay, corazón!

LOLI.—Mucho, abuelita, mucho; hasta el extremo de pensar en retenerte a nuestro lado, en nuestra casa, para que no caviles ni te atormentes mientras vivas. Ese sería nuestro contento.

ANA.—Perfectamente. A cambio de eso, ahora, cuando salgáis Alfredo y tú, vais a adquirir por cuenta mía cuanto necesitéis para un piso de cine, que es lo que priva. Chitón.

LOLI.—Pero...

ANA.—¡También viene este bueno!

(Es que llega de la calle DON ABILIO, cansado, cabizbajo y mohino. Al no ver sola a madre ANA, se sienta a un lado.)

LOLI.—¿Qué traerá?

ANA.—¡Bah! Sigamos como si nada.

LOLI.—¡Con lo alegre que estuvo ayer!

ANA.—Y anteayer; y todo porque en vez de valerme de mis joyas, para el papel de la fianza de Monchito, le entregué un cheque. Con ello quiso suponer que mi ruina era un embuste. ¡Ay! Pero el encargo de esta mañana... Verás, verás, vamos a bromearle. Abilio...

ABILIO.—Diga, señora.

ANA.—¿Vienes cansado?

ABILIO. *(Levantándose con trabajo)*.—¿Yo?... ¡Yo soy un roble padre!

(Rien ellas.)

ANA.—¡Bonito síntoma para lo que te preparo!

ABILIO.—Yo no me canso ni tosiendo, doña Ana.

(Rien ellas.)

ANA.—Sin embargo, acércate y siéntate.

LOLI. *(Acercando un asiento al grupo)*.—Aquí, abuelete.

ABILIO.—¿Yo abuelete?

ANA.—No tuvo gracia para tanto.

ABILIO. (*Sentándose de un golpe*).—¡Bueno!

(*Ríen ellas.*)

ANA.—¡Ea, un rato en serio! ¿Has ido a lo que te dije?

ABILIO.—¡De allí vengo!

ANA.—¿Con esa gravedad?

ABILIO.—Por... borricote, madre Ana; por complacer a usted al pie de la letra: "Vete al notario de mi parte y haz sin chistar cuanto te ordene"... Y, en efecto, obedezco. "Firme aquí, don Abilio..., y aquí." ¿Y qué es lo que he firmado, doña Ana?

ANA.—Calma, podenco, calma. ¿Por qué no has preguntado o has leído?

ABILIO.—Me dijo usted que obedeciese sin chistar.

ANA.—Gracias, Abilio.

ABILIO.—¿Qué he firmado, señora?

ANA.—Has firmado por mí, previo poder que te hice a tiempo.

ABILIO. (*Con miedo*).—¿Y yo he firmado acaso...?

ANA.—La cesión absoluta de mi finca.

ABILIO. (*A punto de llorar*).—Pero... Me muero ahora, aunque sea tarde.

ANA.—¡Ea! ¡Ea!, seamos fuertes, tú sobre todo.

ABILIO.—Yo..., yo...

ANA. (*Riendo*).—No me recuerdes tu jumera.

LOLI. (*Igual*).—Cierto.

ABILIO.—¡Son ustedes de lo que no hay! Sin media gorda para el futuro y...

ANA.—¡Cuidado! ¿Es que tú no eres nadie para ganarlo?

ABILIO.—Yo... (*Vuelven a reír ellas*).—¡Caray, hablemos seriamente!

LOLI.—Se nos enfada, abuela.

ANA.—Con razón, con razón; conque a explicarse como él quiere. Dime, Abilio: ¿aceptarías tú una plaza de sereno?

LOLI. (*Riendo*).—¡Jesús!

ANA.—Es cosa seria, Loli. Me he preocupado del mañana, que es inmediato; de los garbanzos de los viejos; he recurrido a mis amistades, por si podían facilitarme una salida, y de momento se me ofrece lo que he dicho; la plaza es cómoda.

ABILIO.—¿Y ha de ser de sereno?

ANA.—Hay otra más, de molinillo.

ABILIO.—¡Ya! Es una que se crea para moler a los que achuchan en el Metro. (*Ríe LOLI. ABILIO, endemoniado e iniciando un mutis.*) ¡Volveré cuando escampe!

ANA.—Poco te asusta, niño. Ya lo haré yo por ti.

ABILIO.—¿El qué, el qué, va usted a hacer por mí? A mí no me asusta nada. ¡Nada, señora, nada! Si he de enredar al mismo diablo para servir a usted; si he de partir piñones con los puños, o hacer pompitas en la calle, o hacer títeres en una torre, siempre que sea para alegrar o traerle a usted lo necesario, lo haré como el primero; como el hombre más recio; pero, ¡por Dios, señora, dígame claramente la verdad!

LOLI.—Es razonable, abuela.

ANA.—¿Le digo ya que sí?

ABILIO. (*Con otro medio mutis mientras rien ellas*).—¡Al

infierno conmigo! (*Parándose sorprendido por algo que finge ver, como si llegase de la calle.*) ¿Eh?

ANA.—¿Te traen la credencial?

ABILIO. (*Con alegría*).—¡Vea usted, vea usted;

(*Son MARISA y MONCHO, cogidos del brazo gosa- mente, que llegan de la calle. Presentándose.*)

MONCHO.—¿Hay vía libre?

LOLI.—¡Huy!

ANA. (*Abriéndole los brazos*).—Hasta la estación más próxima, que es madre Ana.

MARISA. } (*Corriendo hacia ella, a la que besará.*)—¡Madre
MONCHO. }
Ana!

ANA.—Así, así; uniditos y alegres. Pero, decidme: ¿es que también os habéis casado?

MONCHO.—¡Qué más quisiera yo!

MARISA.—Vamos a hacerlo.

MONCHO.—Eso no se consigue tan fácilmente; tiene sus trámites.

ABILIO.—Que son de salto fácil para algunos.

MARISA.—Perdónenos.

ANA.—¿Qué remedio, nenita! Por fortuna os queréis.

MARISA.—Es que si no...

ANA.—Te creo, te creo. Quieres de veras a este pájaro.

MONCHO.—Y yo bebo los vientos por sus ojos.

ANA.—Pues a casarse en seguidita, que es lo cristiano.

LOLI.—¡Hurra!

ABILIO.—¿A quién señalas, hija?

LOLI.—¡Hurra con hache, abuela, porque me alegra enormemente la noticia. Marisa vale un cielo.

MARISA. (*Abrazándola*).—Gracias, Loli.

ANA.—¡A los papeles, a los papeles, que ya hay madrina!

ABILIO.—¡Eh! ¡No caben más dislates en un siglo!

ANA.—Mochuelo, ¿qué hablas tú?

ABILIO.—Pero, ¿se puede oír con calma todo esto? Hoy, sobre todo, madre Ana, ¿con qué cuentan los chicos para tanto?

ANA.—Con sus cuerpos serranos. (*Rien los jóvenes*).—¿Aún te parece poco?

ABILIO.—Me... ¡No sé, no sé! ¡Estamos de remate!

MONCHO.—Menos, vejete. Aleccionado a tiempo y ciego por Marisa, cuento exclusivamente con lo que ella me exigía: con trabajar de cara, que por no obedecerla se disgustó conmigo. Nadie como Marisa me ha pedido cordura, desinterés, honestidad; nadie como esta vida, que habiendo sido mía, ¡muy mía!, lo prefería olvidar si yo no cambiaba de conducta. Y ella lo ha conseguido. Con su bondad como también la abuela con la suya—, me han recordado lo que soy: ¡Morales, por madre Ana! Cuento con el trabajo para casarme cuanto antes con Marisa, porque lo debo hacer así inmediatamente. Y ella en su cargo y yo en el mío, los dos sirviendo al nuevo dueño del negocio—para que veas que no me olvido del momento—, iremos adelante por cuenta propia.

ANA.—Bien, bien. ¿Y los demás?

MONCHO.—Lo que haya en casa será de todos.

ANA.—¡Hurra!

LOLI.—¡Hurra!

ABILIO.—¡Esta mujer de Dios!

ANA.—Oye, Abilito, repórtate, que no eres todavía novio mío y ya te pones en marido.

(*Rien los jóvenes.*)

ABILIO.—Pero, señora, entiéndame...

ANA.—Nunca, desagradecido. Oyes que Moncho nos ampara y aún reniegas. Y ahora atención, que llega la Fiscalía.

MONCHO. (*Viendo que aparece LEONOR, como atraída extrañamente por los de escena.*)—Lo celebro. (*Presentando a MARISA.*) ¡Mamá, mi prometida!

LEONOR. (*Despectiva.*)—¡Qué bien!

LOLI.—¡Ah! Y aquí entra el mío, mamá. (*Por ALFREDO, que se presenta.*) ¡Mi prometido!

LEONOR. (*Igual.*)—¡Qué bien!

ANA.—Menos mal.

(*Rien todos menos LEONOR.*)

ALFREDO.—Bien sabe Dios que hubiese dado algo porque mamá Leonor...

LEONOR.—¿Eh?

ABILIO.—¡Alfredo, hijo, que eso es decirle suegra!

LOLI.—¿Y qué va a ser?

LEONOR.—Podéis hacer lo que os convenga. ¡Allá vosotros! Pero sabed que no contáis con vuestros padres para nada. De Loli, sé que tiene casa adonde ir. Moncho, ¿y tú?

MONCHO.—De momento, mamá, mientras lo quieran los acreedores, yo tendré ésta.

LEONOR.—¡No!

MONCHO.—¡Sí!

LEONOR.—¿Quién lo ha dispuesto?

MONCHO. ¡Yo!

ANA.—¡ Moncho!

MONCHO.—Abuela, le respondo como ella me toleró siempre.

ANA.—Pero es tu madre.

MONCHO.—Deseo que lo comprenda la primera.

ANA.—¡ Qué verdad es!... Quien siembra vientos...

LEONOR.—¡ No insista usted; no se apiade usted de mí, que no lo necesito! ¡ Deje usted que responda con energía, con la energía que no supo tener el desdichado al primer tropiezo! ¡ Sus ambiciones eran de infeliz!

MONCHO.—¡ De hombre que se avergüenza de ser ladrón!

MARISA.—¡ Cállate, Moncho!

ALFREDO.—Es lo mejor. Callar y hacer es lo prudente. Es la ventaja del momento. Se nos enseña más a hacer que a discurrir, aunque nos falte el peso ineludible de los años, y si el instante nos lo exige —y esta vez con razón—, es de juicioso refugiarse en la enseñanza. Hagamos, Moncho, hagamos, que tú, al hacer, sobre que halagas un sentimiento, reparas una... prisa.

LEONOR.—¡ Todos, todos enfrente!

ANA.—Y tú en contra de todos, sin excluirte a ti.

LEONOR.—¡ Guárdese los sermones para usted!

ANA.—Guardaditos. Y escucha a éste que llega. ¡ Y cómo llega, el ángel mío! (*A ABILIO, que lo tendrá a su lado.*)
¡ El petardo!

ABILIO.—¡ Más?

(Llega de la calle ANTONIO, hecho un guiñapo físicamente. Recoge la atención de todos. Avanza sin hablar y se sienta. Pausa.)

LEONOR.—¿Es éste el ejemplo que vas a darnos?

ANTONIO.—De momento no hay otro. Tened paciencia.

LEONOR.—Tus hijos ya la tienen; los dos hablan de casarse en seguida.

ANTONIO.—¡Dios los haga felices!

LEONOR.—¿Lo aceptas todo así?

ANTONIO.—Todo... Que ellos, al menos, se defiendan.

LEONOR.—Pero...

ANTONIO.—No estoy para violencias.

LEONOR.—¡Ni lo estuviste nunca!

ANTONIO.—Cierto, mujer. Siempre pudiste hacer lo que te dió la gana.

LEONOR.—¿Es que también se trata ahora de mí?

ANTONIO.—Ahora, de todos.

LEONOR.—¿Y qué ha pasado?

ANTONIO.—¡Qué iba a pasar!... Lo previsto, lo que esperábamos. Ahora... de un modo que me aturde. No ha sido sólo lo esperado, la incautación total, sino también algo increíble.

MONCHO.—¿Se nos despide? ¿No habrá manera de depender del nuevo dueño?

ANTONIO.—No despiden a nadie.

MONCHO.—¡Magnífico!

ANTONIO.—Ni a mí.

MONCHO.—¡Estupendo!

LEONOR.—¡Calla tú!

ANTONIO.—Puestos a depender, como es forzoso depender...

LEONOR.—¿Tú también, en tu propia casa?

ANTONIO.—Mujer, ¡pero si ya no es mía!

LEONOR.—¿Y tu nombre?

ANTONIO.—Dale gracias a Dios, si me lo dejan para algo.

LEONOR.—¿El Banco, entonces...?

ANTONIO.—Nada, nada de Banco. La tienda, el negocio entero, cuanto teníamos embargado, pasa a unas manos particulares.

MONCHO.—¿Eh? ¿Y quién es el valiente?

ANTONIO.—Uno. Uno que se ha hecho cargo del total de la trampa, para explotarlo todo por cuenta propia.

LEONOR.—¡Ya soñaba con ello Torres de Andrade, el ferretero de la envidia!

ANTONIO.—No, Leo, no; nada de Torres. Quien es ha sido y es mi sobresalto. No acabo de entender su deslealtad.

LEONOR.—Pero, ¿quién?

ANTONIO. (*Señalándole.*)—¡Abilio, mujer, Abilio!

(*Estupefacción general.*)

ABILIO. (*Cayendo casi desvanecido en un sillón.*)—¿Yoooo?

(*Ligera pausa.*)

LEONOR.—¡Me salí con la mía! ¡Siempre desconfié del empalago de este viejo, que, al fin, saca las uñas!

ABILIO. (*Más muerto que vivo.*)—Pero..., pero si yo me entero ahora...

LEONOR.—¡Calle, usurero!

ABILIO. (*Arrodillándose.*)—¡Se lo juro por Dios!

LEONOR.—¡Perro judío!

ANA.—¡Siempre dando en el clavo!

LEONOR.—¿Qué dice usted?

ANA.—Que ves menos que un trompo, vida mía.

LEONOR.—¿Es que tiene defensa este traidor?

ANA.—Ni le hace falta. Pero, repara en los demás, en todos los demás, que empiezan ya a entrever y a sonreír.

ABILIO. (*Comprendiendo, con gozo*).—¡Gracias, Dios mío!

ANA.—Así te paga el viejo... Con tu permiso, Abilio. Ya no te guardo más el secretito.

ABILIO.—Pero...

ANA.—Nos amolaste a todos y ya no callo. Sí, hijos, sí, no hay más dueño de todo que don Abilio. El ha logrado la victoria con su cara, con su crédito, con sus cincuenta años de honradez. Pero, eso sí, como la Providencia le ha dado por familia la presente, no nos echa a la calle, que es lo que habíais hecho ustedes con el pobre.

ANTONIO.—Yo...

ANA.—No culpo a nadie; es decir, Abilio no culpa a nadie. Lo que hará, simplemente, según me ha dicho, es ordenarnos, si es que el aviso sirve de escarmiento. Todo bajo su vista y vigilancia, continuará el negocio sin una deuda, y al frente de la tienda como subjefe, no estarás tú, querido Antonio, sino tu propio hijo, más entero que tú, el cual va a prometerle a don Abilio seriedad.

MONCHO.—Con alma y vida, abuela.

ANA.—A don Abilio, a don Abilio.

LEONOR.—¡Es humillante!

ANA.—Pues no hay más cera que la que arde. ¿Verdad, Abilio?

ABILIO. (*Comprendiendo*).—Sí, madre Ana, sí.

ANTONIO.—¿Es que no sirvo yo?

ANA.—Nunca serviste, vida mía. Pero tu propio hijo se encargará de que trabajes un poquín, no mucho, ¿sabes?,

para que le dediques todo el tiempo a las reuniones distinguidas de tu esposa.

LEONOR.—¡ No puedo más! ¡ No puedo más!

(*Mutis.*)

LOLI.—¡ Esta es mi abuela!

ANA.—Había que conteneros, hijo mío. Abilio es razonable.

ANTONIO.—Sí, madre, sí.

ALFREDO.—Enhorabuena, madre Ana. ¡ Al aire, Loli!

LOLI.—Espera, espera, que ahora lo acepto todo de mi tuinta.

ALFREDO.—¿ Qué necesitas tu?

ANA.—¡ Ole por los hombres!

LOLI.—¿ Puedo excederme, abuela?

ANA.—Puedes comprar la Telefónica para el recibimiento.

ALFREDO.—Pero...

ANA.—¡ Lo quiero yo, ingeniero! ¡ Qué gran finca te espera, gracias a ése!...

ABILIO.—¿ Gracias a mí?...

ANA.—...en mi Marbella de mi alma.

LOLI. (*Besándola. Todo vivamente.*)—¡ Por bribona! ¡ Por bribona! ¡ Por bribona! ¡ Ahora abur a todos! ¡ Alégrate, papá! (*Lo besa y lo conmueve. A los hermanos.*)—¡ Felicidades, chicos! (*Cogiéndose a ALFREDO, con el que hace mutis.*) ¡ P'alante, tú!

ANTONIO.—Adiós, hijita, adiós.

ANA.—Id con Dios. (*Los demás, conmovidísimos, no respiran. Ligera pausa.*) ¿ No haces tú igual, Marisa?

MARISA.—Me ahoga la dicha, madre Ana.

(*Se abraza a ella.*)

ANA.—¡Ea, ea, que está para llorar el nuevo jefe!

MONCHO. (*Abrazándose a ella*).—Sí, abuela.

ANA.—Con que te acuerdes siempre de la abuela pagarás. Y, ¡hala, hala, a preocuparse de la boda! Me urge la vuestra, ¿eh?

MONCHO.—Lo deseamos como nadie.

ANA.—Me consta, nene. Conque, a tirar de largo, si es preciso, que don Abilio tiene un talonario respetable. Marbella es una mina. ¡Ah! Y acuérdate de aquél... (*Por su padre*.) en todo instante. Y de mamá, que ya abrirá los ojos.

MONCHO.—¡Por Dios, abuela! (*Besándole*.) Adiós, papá.

ANA.—Y a celebrarlo ahora. Es decir...

MARISA.—Pierda cuidado, madre Ana.

MONCHO.—¡Vamos, Marisa!

LOS DOS. (*Yéndose vivamente*.)—¡Adiós, adiós!

ANA.—Dios os bendiga como yo.

MONCHO. (*Volviendo, sin soltar a MARISA*). Y adiós, Abilio, Esperamos tus órdenes.

ABILIO.—¡Con guasa encima!

(*Mutis riendo de la pareja. También ríe madre ANA.*)

ANA.—Y tú, Antofinito, perdona mis medidas.

ANTONIO.—Las agradezco. Se hacían indispensables.

ANA.—Mira por dónde, al fin, te beneficia tu natural de resignado... Vete ahora a consolar a tu mujer. Que la recuerde alguien.

ANTONIO.—No variará por nada.

ANA.—¡Quién sabe! Al fin, su propia siembra es su castigo.

ANTONIO.—SI

(Tira para el jardín.)

ANA.—Pero, ¿se fué Leonor para el jardín?

ANTONIO. No, madre.

(Mutis.)

ANA.—¡Solos, al fin, Abilio!

ABILIO.—¿Y qué?

ANA. (Riendo).—Eres más tonto que mi hijo... ¿No protestas de nada?

ABILIO.—De protestar, sería ese tonto que usted dice. ¿De qué y por qué, si estoy gozoso como nunca? Sin embargo, señora..., ¿pensó usted lo que ha hecho? Si todo está a mi nombre y yo me muero un día cualquiera...

ANA.—Eso quisieras tú, que Dios te jubilase. Pero no, borricote. Aún tienes que aguantarme muchos años. Nuestra tercera juventud no muere. Es la bondad. Y si te mueres, peor para ti, porque las cosas quedarían como es debido. Yo no me como las uñitas. Además, Abilín, para que veas que soy valiente, si tanto temes que haya en su día complicaciones con mis bienes, nos casamos nosotros y asunto concluído.

ABILIO. (Aturdidísimo).—¿Que yo?...

ANA.—¿No te sientes con bríos?

ABILIO.—¿Pero yo...?

ANA. (Riendo).—Troncho mayor no lo da el campo... Tú y yo, tú y yo. No te me asustes. ¡Ah! Pero con una condición: que has de darme seis hijos.

ABILIO.—Yo..., yo...

ANA.—Aún te dura la pítima... En serio, Abilio: los dos estamos muy contentos. Tú nos quieres a todos y yo te estoy agradecidísima. También te quiero yo como es posible. De modo, hijo, que en amor y compañía, y sin decirle nada a nadie, muy juntitos los dos, vamos a irnos a correrla. Hay que mojar la nueva situación. Conque... dame tu brazo. ¿Me convidas al cine?

ABILIO. (*Casi sin poder hablar de gozo*).—¿Al cine precisamente?

ANA.—Sí, hijo, sí, por si te quieres proparar una mijita.

ABILIO.—¡Adelante!

ANA.—¡Adelante! ¡Viva la juventud!

ABILIO. (*Doblándosele las piernas*).— ¡Viva la...!

ANA.—¿Quieres también que te lleve en brazos?

TELON



JOSE TELLEZ MORENO

Nació en Almería el año 1895. Estudió libremente y siempre letras. El año 1915, empujado por sus ilusiones —el periodismo y el teatro—, cambió su tierra natal por la de Madrid, donde, recién llegado, comenzó a colaborar en las revistas de aquellos días. Pronto, asimismo, ingresó como redactor-confecionador en el diario madrileño "El Liberal", a cuya redacción perteneció mucho tiempo. Como comediógrafo, veló sus primeras armas el año 1929, en el teatro de Lara, de Madrid, con la compañía de Carmen Díaz. Continuó estrenando. Y años después, por mor de la guerra, se apartó de sus actividades literarias voluntariamente, hasta que, todo en paz, volvió, primero al periodismo —ocupándose invariablemente del teatro—, y ahora, recientemente, a su pasión de autor, estrenando —también en Lara—, su comedia "La tercera juventud", con la que, en realidad, de nuevo ha hecho las paces con su máxima vocación.